

John Milton

# AREOPAGÍTICA

Traducción de José Carner



COLECCIÓN POPULAR

157

AREOPAGÍTICA

Traducción de  
JOSÉ CARNER

JOHN MILTON

# AREOPAGÍTICA



COLECCIÓN



POPULAR

SOCIEDAD INTERAMERICANA DE PRENSA  
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO

Primera edición (FCE México,  
Col. Política y Derecho), 1941  
Segunda edición (FCE Argentina,  
Col. Popular), 1976  
Tercera edición (FCE México), 2000

*LIMINAR*

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra  
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,  
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,  
sin el consentimiento por escrito del editor.

D. R. © 2000, SOCIEDAD INTERAMERICANA DE PRENSA  
1801 S. W. 3rd Avenue; Miami, Florida 33129, EUA

D. R. © 1941, 1976, 2000, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.  
[www.fce.com.mx](http://www.fce.com.mx)

ISBN 968-16-6267-9

Impreso en México

*Cuando Gutenberg echó a andar la imprenta en 1440, puso al alcance de la humanidad el instrumento que le permitiría hacer uso efectivo y gozar plenamente de la mayor de sus libertades y el más importante de sus derechos: la libertad de expresión, que incluye tanto el derecho a la información como la libertad de prensa. Pero no fue nada sencillo. De inmediato, la Iglesia condenó a la imprenta como obra del diablo. Su aparición despertó las fuerzas más oscuras y retrógradas que siempre han considerado la voluntad de expresarse como un gran peligro.*

*A la par de la imprenta avanzó la censura. A poco más de medio siglo de haber nacido el invento, en 1501, la bula del papa Alejandro VI, Borgia, universalizó la censura eclesiástica, prohibiendo todo aquello que fuera escandaloso y que, por supuesto, se opusiera a la fe. Siguiendo al papa, los Reyes Católicos de España, país líder en*

*materia de censura e inquisición, dictaron una pragmática que instauraba la fiscalización por parte del poder civil. Corría el mes de julio del año 1502.*

*No erraba la Iglesia en su afán de proteger a cualquier precio su verdad única ni en atacar como fuera a aquellos que tuvieran un pensamiento distinto y se atrevieran a exponerlo. Tampoco se equivocaba en arremeter contra cualquier vía de difusión de esas ideas diferentes y, por tanto, heréticas. Tenían razón: otra habría sido la suerte de Lutero y el pensamiento protestante de no haber sido por el medio millón de ejemplares de las famosas Tesis.*

*La censura del poder civil en Alemania tuvo lugar en 1529. A mediados del siglo XVI, Pablo IV creó una nómina de libros prohibidos —el Index Librorum Prohibitorum— que incluía más de 4000 títulos. No finalizó el siglo sin que España (Felipe II y doña Juana) dictara pragmáticas (en 1558 y 1588) que acentuaban la censura, imponían la licencia para imprimir (imprimatur) y autorizaban pesquisas y registros de libros prohibidos en cualquier lugar, ya fuera bibliotecas, universidades o monasterios y hasta casas particulares.*

*La primera voz a favor de la libertad de expresión y de prensa se escuchó en 1644. Resonó ante el parlamento de Inglaterra y lo profirió John Milton con su Areopagítica, el más brillante alegato en defensa del conocimiento y en contra de la censura y el imprimatur.*

*Sus contemporáneos describieron a Milton como “el británico que mejor conoce el latín y sabe qué hacer con él”. En la actualidad lo reconocemos como uno de los mayores autores de la lengua inglesa. Además de caracterizarse porque después de sus versos dicha lengua ya nunca fue la misma, también lo hizo por su defensa de las libertades civiles y su resistencia a las verdades oficiales en que se destaca el “Discurso acerca de la libertad de impresión, sin licencias, al parlamento de Inglaterra”, expuesto en la obra que tenemos entre las manos.*

*Un hecho que ilustra la conducta, el coraje y las convicciones de Milton fue su respeto y admiración por Galileo Galilei, con quien convivió en Italia: “Allí encontré y visité al famoso Galileo, envejecido en la cárcel de la Inquisición, por pensar en astronomía de otra suerte que como licenciadores franciscanos y dominicos pensaban...”, escribió.*

*Areópago era la colina donde los jueces griegos juzgaban tanto ideas como a hombres y donde Protágoras fue sentenciado y sus libros condenados a la hoguera. Y todo porque el filósofo presocrático se atrevió a sostener que el hombre era la medida de todas las cosas y a confesar sus dudas sobre la existencia de los dioses. Poco más de 1 000 años después, Milton evoca el Areópago para rebatir la orden parlamentaria del 14 de junio de 1643 que requería licencias para imprimir.*

*“Dadme la libertad de saber, de hablar y de argüir libremente según mi conciencia, por encima de todas las libertades.” Con entera convicción, Milton ubicaba la libertad de expresión como la cúspide y garante de todas las libertades y derechos. Todo aquel que ame la independencia humana coincide con esta idea. Para hacerla valer hemos celebrado convenciones y declaraciones, entre las cuales destaca la Declaración de Chapultepec, de marzo de 1994, para cuya promoción y difusión la Sociedad Interamericana de Prensa apoya ahora la edición de este libro del catálogo del Fondo de Cultura Económica.*

*La fuerza del pensamiento miltoniano y la contundencia de sus argumentaciones mantienen una*

*vigencia indiscutible. No sólo por su valor intrínseco, sino también porque lamentablemente aún persisten y resucitan cada tanto —con diferentes matices o bajo formas disimuladas y en distintos lugares del planeta— las normas restrictivas contra las cuales apeló. Algunas disposiciones de la orden parlamentaria cuestionada nos hablan de esta triste actualidad: “que no se imprimirá ninguna orden de ambas cámaras o de cualquiera de las dos salvo por su mandato”; “que ningún libro será en lo sucesivo impreso o dado a la venta sin haber de antemano conseguido aprobación y licencia de la persona o personas que ‘ambas cámaras o cualquiera de las dos’ designaren para la expedición de tales servicios”; “que la compañía de libreros y los funcionarios de ambas cámaras quedan autorizados para la busca de las no autorizadas prensas, y destrucción de ellas; para la busca de libros no autorizados y su confiscación y para la ‘aprehensión de todos los autores, impresores y otros tales’ relacionados con la publicación de libros no permitidos” para someterlos a la “junta examinadora” y aplicarle los “ulteriores castigos”. “Todos los jueces de paz, capitanes, alguaciles y demás funcionarios prestarán su concurso*

a la ejecución de lo dispuesto." Así termina la orden a la que Milton se opuso hace 350 años en el parlamento inglés y frente al cual obtuvo sólo un triunfo parcial.

Pese a que han transcurrido tantos años, a que el avance de la civilización ha sido considerable y a que la lucha por la autonomía nunca ha cesado se mantienen graves restricciones y ataques a la libertad de expresión que cobran vida a través de leyes, medidas administrativas o decisiones gubernamentales.

Por ello, la Sociedad Interamericana de Prensa cree que reeditar la Areopagítica significa continuar pugnando por este ideal. En épocas como la nuestra, en que los enemigos de la verdad no reparan en asesinar a periodistas con tal de que la ciudadanía no sepa lo que ocurre, vale la pena recurrir a Milton cuando sostiene que "matar a un buen libro es casi matar a un buen hombre". "Quien a un hombre mata quita la vida a una criatura racional, imagen de Dios; pero quien destruye un buen libro, mata la razón misma, mata la imagen de Dios." Quien mata un periodista —podemos sostener parafraseando a Milton— no sólo quita la vida a una criatura racional, sino que lo

que busca es matar la razón, destruir y eliminar el derecho y la libertad de todos y cada uno de los ciudadanos a buscar, recibir y difundir información, a saber todo lo que pasa y a expresarse libremente.

Advertía Milton a los parlamentarios ingleses: "Nadie dejará de discernir la sutileza de este móvil político y quienes sean sus arbitrades: mientras los obispos eran acosados hasta su caída, todas las prensas debían trabajar expeditas; tal era el mayorazgo y privilegio del pueblo en la época del parlamento, tal el nuevo amanecer. Pero abrogados ya los obispos y obrado hueco en la Iglesia, como si nuestra Reforma sólo buscara abrir paso hacia aquellos sitios para otras gentes, al amparo de un nombre distinto, las artes episcopales volvieron a echar pimpollos, la redoma de la verdad no hubo de verter más aceite, la libertad de la prensa hubo de ser otra vez sojuzgada por la comisión prelacial de los veinte, se vio anulado el privilegio de los pueblos, y, lo que es peor, la libertad del saber vino a gemir todavía en sus antiguas cadenas: y todo ello mientras aún estaba el parlamento en funciones". Nada hay de nuevo, cuántas veces vemos en nuestros países a políticos que en la oposición son los máximos defensores de la libertad de

*prensa para, toda vez que se ha obtenido el poder, transformarse en los máximos críticos y enemigos de esa libertad. Conviene hacer notar estas actitudes y contribuir a “discernir la sutileza de este móvil político...”*

*Ahora que se pone tanto énfasis en las teorías del “derecho a la información veraz” y éste forma parte de las constituciones bajo el argumento de proteger a la ciudadanía, pero con la secreta intención de restringirle el derecho a conocer lo que sucede, de manipular desde la cúpula la información e imponer una verdad oficial, resulta más que pertinente recurrir a Milton para recordar que “verdad y entendimiento no son mercancías monopolizables”, y para desechar “la idea de convertir en un artículo tipo todo el conocimiento del país, para marcarlo y licenciarlo como nuestro paño fino y pacas de lana...”*

*Ante el peligro doctrinario de la información veraz, Areopagítica nos advierte —amén de brindarnos contundentes argumentos— sobre los riesgos de no luchar en su contra, pues tras su establecimiento se perderá la libertad y, señala, “no correrá escrito que no haya pasado por la aduana de ciertos publicanos a quienes incumbe la medi-*

*ción y pesaje de toda franca verdad”. A quienes abogan por esa doctrina totalitaria y fascista, no habremos de convencerlos. Sus fines con muy claros y no reparan en los medios para alcanzarlos. Pero a aquellos que no advierten este peligro podemos hacerles ver —con las palabras de Milton— que “el conocimiento e inspección del vicio es en este mundo tan necesario para el establecimiento de la virtud humana” como “el examen del error (lo es) para la confirmación de la verdad...”*

*Quienes hagan caso de esta obra, sin duda ratificarán que la libertad de expresión es “la cima de todas las libertades” y que la tolerancia es una virtud necesaria para, como Milton, aceptar que “si no pueden todos ser de igual parecer... será sin duda, más saludable, más prudente y más cristiano que sean muchos tolerados, antes que todos constreñidos”. Esperamos que la reedición de este libro sirva como una mínima contribución a la labor de los hombres que aman el libre albedrío, para que nadie olvide a los Galileo, pues nuestro deber es luchar en pos de la libertad y la búsqueda de la verdad.*

DANILO ARBILLA  
Sociedad Interamericana de Prensa

de allende los mares” bajo pérdida del tal a beneficio del poseedor “del derecho exclusivo”, y otras sanciones que fueren estimadas convenientes.

3. La Compañía de Libreros y los funcionarios de ambas Cámaras quedan autorizados para la busca de las no autorizadas prensas, y destrucción de ellas; para la busca de libros, etc., no autorizados y su confiscación; y para “la aprehensión de todos los autores, impresores y otros tales” relacionados con la publicación de libros no permitidos, y cuidado de su comparecencia ante las Cámaras o la “junta examinadora”, a fin de “ulteriores castigos”, no debiendo tales personas recobrar su libertad hasta haber dado satisfacción, como asimismo “fianza bastante en prenda de que no habrán de conducirse de aquella suerte en lo venidero”.

4. “Todos los Jueces de paz, Capitanes, alguaciles y demás funcionarios” prestarán su concurso a la ejecución de lo arriba dicho.

*DISCURSO ACERCA DE LA LIBERTAD DE  
IMPRESION, SIN LICENCIAS, AL PAR-  
LAMENTO DE INGLATERRA*

*PRÓLOGO*

*Puritano y humanista; soñador genial, por su propia conciencia reclutado para las lides polémicas, lo que le obligara a dejar, como él mismo nos cuenta en The Reason of Church Government, "la apacible, grata soledad con alegres y confiados pensamientos alimentada, para embarcarse en el revuelto piélagos de ruidos y broncas disputas"; devuelto un día al ensimismamiento por la ceguera que le redujo a mirar*

*Beyond the visible diurnal sphere,  
tinieblas que tal vez halló clementes y en parte inmunizadoras al encontrarse por ellas librado del espectáculo de la Restauración, John Milton encabeza, con todo su teísmo y su cristiana adhesión a la Biblia, para él perpetuo hontanar de libertad viril y de fiera pasión de justicia, ese famoso linaje inglés, llamado liberal, que salido en tan gran parte de tenaces discusiones teológicas, se consagró a favorecer el princi-*

*pado del hombre sobre su acuciada vida y a introducir entre los públicos recelos una clara linfa de esperanza.*

*La palabra libertad, deslucida, más que por el curso de los tiempos, por soba de gentes vulpinas y venales, acaso no necesite para recobrar sus fulgores más diligencia que el estrago de la nueva esclavitud humana. Acaso vuelvan a querer ser los hombres, hoy encorvados en el transporte de material para nuevas pirámides, o sepultados vivos, sin mayor protesta, en los cimientos de otras Nínives.*

*El poeta memorable del Paradise Lost y Samson Agonistes, épico y trágico soberano, encumbró a épica grandeza, como dijo Barry, la libertad de las prensas. Variamente resonante, pero siempre con poderío, capaz, como el órgano de Bach o de Haendel, de la traspuesta al sonido de los mayores meteoros, en esta Areopagítica se remonta, de unas vicisitudes particulares, a la cúspide segura de una estimación para todos los tiempos. Muchas de las mayores obras del mundo fueron obras de circunstancias. Pero sólo es vocación de los preferidos del Espíritu consu-*

*mir en llama indomable y superviviente los acosos del lugar, del lunario y la laceria, de que ya, a medio atajo, no se acuidadan.*

*Por otra parte, ¿cómo no satisfacer aquí en el empeño de un prólogo, la curiosidad del primer impulso humano a que debemos un alegato tan indómito como rutilante?*

*Casó Milton a los treinta y cinco años con Mary Powell, de solos diecisiete. Era la adolescente señora Milton de familia estuardista, de hogar un día pudiente, y venido a menos. Había transcurrido poco más de un mes a partir de la boda, cuando pidió venia la esposa para volver a ver a los suyos; accedió el poeta, pero con la condición de que no se demorara la ausencia. Ya Mary Powell en la paterna casa de Forrest-Hill, en Oxfordshire, desahogaría en ambiente más congenial quien sabe cuántos mohines por unas semanas reprimidos en el hogar puritano y pedagógico; y Milton recibió por escrito la noticia de que Mary permanecería definitivamente bajo el amparo de sus antiguos lares. Con mal sufrida intensa reacción, Milton se convirtió en amparador, en algunos tratados, de la doctrina y disciplina*

del divorcio, lo que le granjeó la animosidad de no pocos, y especialmente del clero. La Compañía de Libreros de Londres tomó parte en una intriga contra el poeta, por considerar que a la inmoralidad de aquella doctrina, se unía el desacato a la Orden de 14 de junio de 1643, anterior a la publicación del primer tratado en pro del divorcio, aparecido sin los requisitos en dicha disposición establecidos, o sea el registro y la licencia. Presentó su denuncia a la Cámara de Comunes la Compañía de Libreros, y pasó el asunto ante comisión de esta Cámara y la de Lorens. Con tal motivo, y para su defensa, pero alentado a sustentar en ella el derecho a expresión escrita de todo pensamiento (salvo al que llevara el odiado *marchamo iti Papisimo*), compuso Milton esta *Areopagítica*. Con ella consiguió el ardiente luchador su inmunidad y una victoria moral, aunque no la instada derogación de la Orden.

Mas para satisfacción de los lectores que, con lícita curiosidad se hallaren en estado de ánimo parecido al del niño que habiendo oído el episodio de Guillermo Tell y su hijo,

acabó preguntando:—Y ¿quién se comió la manzana?—, convendrá decir que cuando Milton se hallaba decidido a nueva unión con dama de notable ingenio y belleza, un día, en una visita a unos parientes, vino Mary, muy rendida, a postrarse ante él, en patética solicitud de reconciliación. Intercedieron los presentes y cedió Milton al arte persuasivo de aquel llanto. Y tal vez fueron felices; y, como en un cuento rosa, tuvieron tres hijas.

La *Areopagítica* (nombre, como ya conoce el lector, derivado del que llevara el sumo tribunal ateniense, instalado en la colina dedicada al dios de la guerra: pues al dirigirse Milton al sumo tribunal inglés, se envuelve, por él buen parecer, en brocado renacentista), salió a luz en noviembre de 1644, un año antes de la batalla de Naseby. Regía los destinos de la nación la asamblea a quien Milton, en otra de sus obras, así describe: "El Parlamento de Inglaterra, asistido por gran número de gentes que a él se manifestaron y a él se adhirieron, fidelísimos en la defensa de la religión y de sus libertades civiles, juzgando por larga experiencia ser la realeza gobier-

no innecesario, agobiador y peligroso, la abolió justa y magnánimamente, convirtiendo la regia sumisión en república libre, con maravilla y terror de nuestros vecinos émulos ... El concierto relativo al rey no era tal que no estableciera diferencia entre él y Dios, o en sus términos prometiera, como Job al Altísimo, confiar en él aunque nos mata-  
ra. Pues bien sabía (el Parlamento) que el pueblo de Inglaterra es pueblo libre, y que le competía representar esta libertad". Era aquel cuerpo representativo el conocido por "Parlamento Largo", inaugurado en 3 de noviembre de 1640; el cual ora activo, ora expectante, hubo de abarcar una guerra civil; la ejecución de Carlos I; la instauración de una república, única en la historia de Inglaterra; la dictadura de un antiguo ganadero, de cara purpúrea y abotagada, de gruesa alegría y voz desapacible, pero más temido y cortejado, según las crónicas, que ningún soberano de su tiempo; y finalmente la restauración de la monarquía. Casi veinte años de historia apasionada.

El genio liberal de Inglaterra debió gran

parte de su desenvolvimiento a mercaderes y artesanos, religiosamente inconformistas o disidentes. La angostura fanática se compensó por un valor viril, de inmediata consecuencia cívica: La altanería de la conciencia. Al concepto inhumano, cruelmente artificial del *cujus regio eius Religio* se opuso un tan vario desmandamiento, que aseguró en lo profundo del espíritu inglés esa útil cortesía política, la cancha a las opiniones: esa admirable disciplina intelectual, la higiene crítica. De esta grandeza tuvo claro concepto Milton, como, a la vez que espiritual, intelectual. La razón no era para él, como para Lutero, una astuta ramera; y, aunque sin alusiones directas, claros están los términos elocuentes en que condena un trato como el infligido por ese pueblecillo levítico y medieval, Ginebra, a Miguel Servet. La reforma deberá ser de continuo reformada; degradaría al hombre la cautela anticonceptiva de la clausura de la inspiración. El pensamiento de Servet se acerca al del inspirador de la única secta protestante genuinamente intelectualizada, Sozzini, ese italiano pasajera-  
vencedor en Polonia.

*Por ello Milton es el antipoda de Bossuet. El argumento máximo de éste contra el protestantismo, la imposible verdad de lo que varía, es menos verdadero que la tesis de Milton: por referencia a nuestros flacos ojos, fragmentada aparece la verdad, en particular es destellos, acaso, al parecer, inconciliables. La robusta defensa por Milton de la libertad, en el orden religioso y ético, según principios valaderos aun para deshacer, lejos de su ambiente o de sus días, los circunstanciales prejuicios, pósito de una lucha reciente, demuestran haberse sustraído Milton, para su gloria, al hecho tan común del antipapista convertido en papa.*

*En las postrimerías de la resonancia ciceroniana en letras inglesas, Milton expresa en su Areopagítica uno de los más altos ardimientos humanos, con excelente vena sarcástica contra la pequeñez reincidente, pero argumentando por lo alto, con tanta belleza como intrepidez. Su testimonio, más que un alegato, es una irrenunciable ejecutoria del hombre.*

JOSÉ CARNER

ANÁLISIS DE LA ORDEN DEL PARLAMENTO

(14 de junio de 1643)

CONTRA LA CUAL VA ENDEREZADA  
LA AREOPAGÍTICA

1. Especifica el Preámbulo haber venido siendo publicadas recientemente muchas obras "falsas... escandalosas, subversivas y difamatorias", "con gran desdoro de la Religión y el gobierno"; y haberse establecido hartas prensas particulares; e imputarse a "diversos (miembros) de la Compañía de Libreros" infracciones de los derechos de ésta.

2. "Disponen, por tanto, los Lores y Comunes en Parlamento": 1) que no se imprimirá ninguna Orden "de ambas Cámaras o de cualquiera de las dos" salvo por su mandato; 2) que ningún libro, etc., "será en lo sucesivo impreso o dado a la venta sin haber de antemano conseguido aprobación y licencia de la persona o personas que ambas Cámaras o cualquiera de las dos designaren para la expedición de tales permisos"; 3) que ningún libro cuyo derecho exclusivo hubiere sido otorgado a la Compañía "para su alivio y el mantenimiento de sus menesterosos" será estampado por persona o personas algunas "sin licencia y consentimiento del Maestro, Ceadador y adjutores de dicha Compañía; y 4) que ningún libro "ya impreso en esta nación, "vendrá importado

Los que a autoridades o legislaturas de la república dirigieren la voz, desde el alto tribunal del Parlamento, o bien, faltos de semejante acceso, en su privada condición escribieren lo por ellos augurado como ventajoso al bien público, andarán, supongo, como en tal asomo de no menguada empresa, algo más que alterados y en lo secreto de la mente inquietos: quienes dudando de cual hubiere de ser la consecuencia, quienes medrosos del giro que tomare la censura, algunos alentados por la esperanza, y otros en lo que les incumbiere decir bien retribidos. Y yo acaso por cada una de estas propensiones, según el tema por que fuera avanzando, hubiera sido antaño diversamente movido; y acaso pudiera en estas primicias de mi discurso traslucirse ahora la que más me ladeara, de no acaecer que el mismo propósito de misiva de tal linaje y el pensa-

miento de a quienes se encamina, llevaran la fortaleza en mí guardada a su mayor arrojo, harto mejor hallado que sólo a un prefacio concomitante.

En tal encendimiento, que no he de declarar por lo menudo antes que me fuere requerido, permaneceré sin mancilla como rebasare la alegría y parabién que animan a cuantos desean e instan la libertad de su país, de la que todo este considerado discurso habrá de ser a modo de testimonio, si no de trofeo. Porque no nos es dado esperar una libertad en cuyo trecho no se produzca motivo de queja en la república, ni convendrá que haya humano que la repunte acaecidera; mas en oír francamente las quejas, en considerarlas hondamente y remediarlas con diligencia se halla el extremo límite de la alcanzable libertad civil que buscan los avisados. De la cual cabe decir que si el propio sonido de lo que habré de pronunciar constituye prueba de que a ella arribamos (aun procedentes de tan descomedida desventaja como la tiranía y superstición hincada en nuestros principios antes de la virilidad de nuestra cobranza de Roma), ello

ha de ser en primer lugar atribuído, como lo urge nuestra obligación, a la poderosa asistencia de Dios nuestro liberador, y luego a vuestra guía leal y nunca sojuzgada prudencia, Lores y Comunes de Inglaterra. Y no es en la estimación de Dios decrecimiento de Su gloria que las lenguas honren a varones justos y dignos magistrados: empeño que si ahora encantara yo, después de tan claro camino de vuestras encomiables hazañas, y tan larga obligación del reino entero a vuestras infatigables virtudes, con justicia fuera contado entre los más tardíos, y el más remiso, entre quienes os alaban.

Hay con todo tres exigencias principales, sin las que toda alabanza vale tan sólo por galanteo y adulación: primero que no se alabe más que lo sólidamente merecedor de encomio; segundo que se aduzcan sumas probabilidades de que tales dones asistan real y manifiestamente a las personas a quienes se atribuyen; y finalmente que quien alaba, declarando su efectiva persuasión en lo que del tal escribe, pueda demostrar que no dice li-sonja. Obedecí hasta ahora a la penúltima,

rescatando este empleo de quien saliera a menoscar vuestros méritos con elogio trivial cuanto maligno; la última, relativa principalmente a mi propia absolución, esto es, privarme de adular a quienes ensalzara, había sido oportunamente reservada para que le hiciera el acatamiento de ahora.

Pues quien libremente magnifica lo noblemente puesto en obra, y no teme declarar con igual franquía lo que pudiera ser mejor logrado, a cabo lleva la mejor proeza de su fidelidad, por la cual su muy apegado afecto y su esperanza ponen cuidado en vuestros proceder. Su más descollada alabanza no es lisonja, y su más nudo consejo es una especie de alabanza. Porque aun si yo viniere a afirmar y a defender por alegato: que mejor lo pasaran la verdad, el saber y la república, si una de vuestras Órdenes promulgadas, que luego nombraré, quedara sin efecto, ello no dejará, por la misma ocasión, de redundar sobremanera en lucimiento de vuestro gobierno comedido y parejo, por cuanto este lance a las gentes particulares animará a pensar que más os complace el consejo de la ciudadanía, de lo

que antaño a otros estadistas regalara verse adulados. Y advertirán los hombres qué diferencia separa la magnanimidad de un Parlamento terrenal, de aquella encelada altanería de prelados y consejeros de gabinete, no ha mucho usurpadores, cuando os vieren más blandamente sufrir, entre vuestros éxitos y victorias, recusaciones escritas contra una orden votada, que lo que otras cortes, sin ningún fruto digno de memoria, salvo la flaca ostentación de riqueza, soportaran el menor ademán de disgusto ante cualquier edicto precipitado.

Mas si en tal medida me precio de conseguir vuestro civil, benigno porte, al tratar de los términos precisos de vuestra orden promulgada, y eso para contradecirlos, bastará, si alguien me acusara de novedoso o insolente, que éste sepa, que en mi opinión, habéis de estimar que por tal modo harto mejor se imita la antigua y elegante humanidad de Grecia que el orgullo bárbaro de la pompa de hunos o noruegos. Y tomándolo de aquellas centurias, de tan acabadas letras y discernimiento, a quienes debemos no ser todavía góticos o jusolan-

deses, podría citar a quien desde su privada estancia aquel discurso escribiera a la asamblea ateniense para persuadirla de que mudara la forma de democracia a la sazón establecida. Y tal honor se pagaba en aquellas edades a quienes profesaban el estudio de la sabiduría y la elocuencia, y ello no sólo en su país, sino en tierra extraña, que urbes y señorías gozosamente les escuchaban, y con notable respeto, al manifestarse ellos públicamente en vena de admonición al Estado. Así Dión Pruseo, orador particular y no de aquella naturaleza, aconsejó a los rodios contra un decreto existente; y en otros ejemplos abundara, aquí de superfluo aderezo.



Pero si de la industria de una vida enteramente dedicada a empeños estudiosos, y de las dotes naturales que por dicha no hubieren menguado cincuenta y dos grados de latitud septentrional, tanto debiera derogarse que no se me contara por igual a ningunos de los que tuvieron aquel privilegio, bien consiguiera no ser tan rebajado cuanto vosotros sois superiores a la mayor copia de quienes tales consejos recibieron; y estad seguros, Lores y Co-

munes, que de la medida en que les excedáis no puede aparecer mayor testimonio que el de vuestro ánimo prudente, reconocido y sumiso a la voz de la razón, fuere el que fuere el sitio en que sonare, por ella dispuestos a revocar una ley cualquiera de vuestra iniciativa, como de otra cualquiera debida a vuestros predecesores.

Y supuesto que de tal suerte os halláreis en este ánimo, que os supiere a injuria no gozar de su crédito, no sé qué habría de impedirme ofrendaros una ocasión de oportuno ejemplo, en que a la vez mostrárais el amor de la verdad que soberanamente profesais, y la rectitud de vuestro juicio, no usado a la parcialidad consigo mismo; y ello mediante nuevo juicio de la Orden por vosotros dispuesta para la regulación de impresos: esto es, que ningún libro, folleto o periódico será estampado en lo sucesivo a menos que fuere de antemano aprobado y permitido por aquellos, o uno de los tales, a tal fin designados. En cuanto a la parte que justamente preserva a cada cual su ejemplar, o provee para los menesterosos, nada me toca decir; sólo descara que no sirviera eso

de excusa para injuriar y perseguir a hombres honrados y laboriosos, en ninguno de ambos casos ofensores. Pero otra cláusula, la relativa a la necesaria licencia para los libros, que se nos antojaba con sus hermanas cuaresmal y matrimonial fenecida al extinguirse los prelados, será objeto de una homilía que acierte a exponeros, primero, quiénes fueron los inventores de ella, que ha de halagaros poco reconocer; luego, qué deberá pensarse en general de la lectura, sean cuales fueren los libros; y que la Orden mencionada en modo alguno procura la supresión de libros difamatorios, subversivos y escandalosos, con ser éste el objeto primordialmente considerado. Y, finalmente, que dicha Orden causará notable desaliento en la ciencia y paralización de la verdad, no sólo emperzando y mellando nuestras facultades en lo ya conocido, sino además desmochando y embarazando ulteriores descubrimientos que pudieran llevarse a cabo en sabiduría religiosa y civil.

No he de negar que sea del mayor momento en la Iglesia y la república fijar vigilante mirada en la conducta de los libros al igual

que en la de los hombres; y por tanto confinarlos, encarcelarlos y administrarles la más severa justicia como malhechores. Porque los libros no son cosas absolutamente muertas, antes contienen una potencia de vida que los hace tan activos cuanto el espíritu a cuya progenie pertenecen, y lo que es más, conservan, como en redoma, la más pura extracción y eficacia de la inteligencia viviente que los engendrara. Sé yo que son tan vivaces y vigorosamente medradores como aquellos dientes fabulosos del dragón; y desparramados acá y acullá pueden hacer brotar gentes armadas. Y con todo, por otra parte, y como no se usare de cautela, matar un buen libro es casi matar a un hombre. Quien a un hombre mata quita la vida a una criatura racional, imagen de Dios; pero quien destruye un buen libro, mata la razón misma, mata la imagen de Dios, como si dijéramos por el ojo. Hartos hombres no pasan de carga para el suelo; pero un buen libro es la preciada vitalísima sangre de un espíritu magistral, adrede embalsamada y atesorada para un vivir más duradero que la vida. A decir verdad no hay cúmulo de años que una vida puedan

retornar, en lo que tal vez no se pase de pérdida leve; y giros de centurias no recuperan a menudo una perdida verdad, de antiguo rechazada, por cuya falta naciones enteras vienen a parar en el sino más desastrado.

Deberíamos pues ir con tiento en la persecución que desatáremos contra las no perecidas labores de los hombres públicos, y en el esparcimiento de esa vida sazónada del hombre, que en libros se resguarda y almacena, pues vemos que en ello puede cometerse una especie de homicidio, a las veces un martirio, y generalizado el mal contra todo lo impreso, una verdadera matanza, en que la ejecución no se limita a la muerte de una vida elemental, antes vulnera la etérea quintesencia, el aliento mismo de la razón: vulnera, esto es, más una inmortalidad que una vida. Pero atento a que no se me inculpe de introducir lo licencioso por oponerme a que se establezcan licencias, no niego ser el mal tan histórico, que esta su condición merezca servir para mostrarnos lo emprendido por antiguas repúblicas famosas contra este desorden, hasta el propio tiempo en que este proyecto licenciador

salió a rastras de la Inquisición, fué asido por nuestros prelados y aferró a algunos de nuestros presbíteros.

En Atenas, donde libros e ingenios anduvieron más atareados que en otra parte alguna de Grecia, no hallo sino dos especies de escritos que el magistrado curara de someter a su consideración: los blasfemos o ateos y los difamatorios. Así los libros de Protágoras fueron por los jueces del Areópago condenados a quemazón, y él lanzado del territorio por una perorata en que empezaba confesando no saber "si existían dioses o no". Y, en cuanto a la difamación, se convino que nadie sería por su nombre vejado, como acaeciera en la comedia antigua; por lo que cabe adivinar cómo censuraban la calumnia. Y este sistema fué bastante expedito, como Cicerón escribe, para sofocar los desesperados ingenios de otros ateos, y el trillado recurso infamatorio, como lo declararon los eventos. De otras sectas y opiniones, aunque a la lascivia propendieren y a la denegación de la providencia divina, jamás curaron.



Así pues no leemos que Epicuro, ni la escuela libertina de Cirene, ni lo que pregonara la inverecundia de los cínicos, anduviera jamás en comparecencia ante la ley. Ni quedó consignado que de los escritos de aquellos viejos autores de comedias se hiciera trizas, con resultar vedada su representación; y es comúnmente conocido que Platón recomendara la lectura de Aristófanes, entre todos el más relajado; y acaso pueda excusársele si el santo Crisóstomo, como se narra, tanto estudiaba en su vela el mismo autor, cobrado el arte de lavar tal procaz vehemencia en el estilo del sermón vivificante.

Asombra el ocio de las musas, la esquividad para el libro, de esa otra ciudad acaudilladora de Grecia, y sólo en hechos de guerra ensimismada, Lacedemón, si se considera que Licurgo, su legislador, fué tan parcial del saber elegante que él mismo trajo, primero en ello, de Jonia las obras homéricas diseminadas; y desde Creta envió, a que previniera y ablandara con la pulidez de sus odas y cantos la aspereza espartana, a Tales, el poeta. No hubo entre ellos necesidad de que se proveye-

ra en cuanto a licencia de libros, pues todos les desplazían, salvo sus lacónicos apotegmas; y de fútil oportunidad se valieron para echar a Arquíloco de su ciudad, acaso por componer en más alta vena que la alcanzada por sus propias baladas y coplas batalleras. Que si hubiere sido por sus versos indelicados, mostráranse en ello más cautos de lo acostumbrado: pues tan disolutos eran en su conversación promiscua, que afirma Eurípides en su *Andrómaca*, haber sido todas sus mujeres incontinentes. Hasta aquí lo que puede ilustrarnos sobre el género de libros vedado entre los griegos.



También los romanos, por muchos años sólo adiestrados en una rudeza militar muy parecida al estilo lacedemonio, poco más saber consiguieron que el que sus Doce Tablas, y el Colegio de pontífices con sus augures y flámenes les enseñara en religión y derecho, tan extraños a todo otro conocimiento que cuando Carneades y Critolao, con el estoico Diógenes, llegaron de embajadores a Roma, y de ello tomaron pie para hacer a la ciudad muestra de su filosofía, fueron sospechados de corruptores nada menos que por tal hombre como Catón

el Censor, quien del Senado pretendió que se les despidiera sin demora, y se echara de Italia a cuantos áticos parleros de igual calaña hubiera en ella. Pero Escipión y otros senadores de los de mayor nobleza le opusieron resistencia a él y a toda su añeja austeridad sabina, y honraron y admiraron a aquellos varones; y el mismo censor a la postre, en su ancianidad, remitióse al estudio de lo que antes le merecieran escrúpulos tales. Y, con todo, al mismo tiempo Nevio y Plauto, primeros autores de comedias latinas, contentaban la ciudad con cuanta escena adoptaron de Menandro y Filemón. Empezóse luego a considerar el mejor partido en lo tocante a libros y autores, pues Nevio sin dilación fué a la cárcel por su desenfadada pluma, sólo libertado, en pos de su retractación, por los tribunos; y sabemos también que se procedió a la quemazón de libelos, cuyos autores fueron por Augusto corregidos. Igual severidad, sin duda, se ejercitaba contra escritos atentatorios a los por dioses venerados. Salvo en esos dos puntos, fuera el que fuera en los libros el cariz de las cosas, no tomaba el magistrado cuenta ninguna de él.

Y por tanto versificó Lucrecio sin traba su epicureísmo para Memio, y alcanzó la honra de que por segunda vez lo destacara Cicerón, tan sumo padre de la república, aunque luego contra esta misma opinión arguya en sus escritos. Ni fueron el aguijón satírico o la desnuda llaneza de Lucilio, Catulo o Flaco vedados por orden alguna. Y en cuanto a los negocios del Estado, no se vió prohibida la historia de Tito Livio, aunque el bando ensalzara de Pompeyo, por Octavio César, que era de la facción opuesta. Mas el hecho de que por éste fuera desterrado Ovidio, cuando ya proyecto, gracias a los poemas disolutos de su mocedad, no obedeció sino a disimulo político de alguna causa secreta; y los libros, por lo demás, nunca vinieron a ser relegados ni se les tuvo por apartadizos. Ya desde aquel punto, casi mera tiranía se va descubriendo en el imperio de Roma, por lo que no es maravilla que tan a menudo los malos libros cuanto los buenos fueran acallados. Con lo que estimaré haber discurrido holgadamente sobre lo que entendieron los antiguos ser escritos punibles:

con cuya sola excepción hubo libertad para escribir de cualquier argumento.

Por aquel entonces los emperadores se hicieron cristianos, y en su disciplina sobre este particular no les hallo más severos de lo que antaño se practicara. Libros de quienes anduvieran en lenguas como notables herejes, objeto fueron de examen, refutación y condena en los concilios generales; y sólo entonces llegó a prohibirlos o quemarlos la autoridad del emperador. En cuanto a los escritos de autores paganos, dejando aparte las abiertas invectivas contra la fe cristiana, como las de Porfirio y Proclo, no tropezaron con interdicto que valga mencionar hasta alrededor del año 400, en que, en un concilio cartaginés, a los mismos obispos se vedó leer libros de los paganos, aunque sí podían los de herejes, mientras que mucho antes causaran, al contrario, más escrúpulo las letras herejes que las gentiles. Y que los primitivos concilios y prelados usaran ceñirse a declarar no ser tal libro recomendable, sin pasar a otro extremo, sino dejando a la conciencia de cada quien que lo leyera o

dejara, observólo ya el padre Páolo, gran descubridor del concilio Tridentino.

A partir de ese tiempo los papas de Roma, acaparando en sus manos cuanto poder político se les antojara, extendieron su dominio sobre los ojos de los hombres, como antes hicieran sobre sus juicios, quemando y prohibiendo la lectura del libro que les cayera revesado, pero con parsimonia en la censura, y sin que llegaran a grande acervo los libros censurados, hasta que Martín V, por su bula, no sólo prohibió la lectura de letras heréticas, mas la penó asimismo con excomunión, porque aumentando en aquel período la fiereza de Wickliffe y Huss, fueron éstos los primeros en inducir la corte pontificia a un plan prohibitivo más apretado. Tales huellas siguieron naturalmente León X y sus sucesores, hasta que el concilio de Trento y la Inquisición española en connubio engendraron y dieron a luz, cuando menos en su perfección, esos catálogos e índices expurgatorios que en las entrañas hurgan de muchos buenos autores antiguos, con violación peor que cualquiera que acertare a amenazar su tumba. Ni a puras

materias heréticas se contrajeron, antes cualquier tema a su paladar ofensivo condenaron mediante prohibición, o derechamente lanzaron al nuevo purgatorio del Indice.

Para henchir la medida de su intrusión, lo último que imaginaron fué ordenar que ningún folleto o papel fuera impreso (como si San Pedro les hubiera dado las llaves de la prensa, también soltadas desde el paraíso) a menos de llevar aprobación y licencia por mano de dos o tres frailes tragones. Por ejemplo:

Sírvase el Canciller Cini examinar si contiene la obra presente algo que impida su publicación.

Vicente Rabbata, Vicario de Florencia.

Ví la presente obra, sin encontrar en ella cosa contraria a la fe católica y buenas costumbres: en testimonio de lo cual he dado, etc.

Nicolás Cini, Canciller de Florencia.

Considerada la presente relación, procédase a imprimir la presente obra de Davanzati.

Vicente Rabatta, etc.

Imprímase. A 15 de julio.

Fray Simon Mompei d'Amelia, Canciller del Santo Oficio en Florencia.

Sin duda abrigan la presunción de que si no anduviere hace tiempo suelto el del pozo insondable, este cuádruplo exorcismo le mantuviera allí metido. Mucho me temo que su propósito venidero sea el de someter a licencia lo que ya así Claudio se proponía sojuzgar, pero sin llevarlo a término. Concédaseme citar otra de sus formas, el sello romano:

Imprimatur. Si así lo estimare el reverendo Maestro del Sacro Palacio.

Belcastro, Vicegerente.

Imprimatur. Fray Nicolás Rodolphi, Maestro del Sacro Palacio.

A veces más de cinco *imprimatur* aparecen como dialogando en el foro de una página titular, saludándose y cumplimentándose uno a otro con decalvadas reverencias, y departiendo sobre si el autor, que está, perplejo, de mirón al pie de la epístola, irá a la imprenta o a las barreduras. Estos son los lindos responsorios, estas las amables antífonas, que tanto

embelesaron recientemente con sus piadosos ecos a nuestros prelados y sus capellanes; y nos llevaron, chochos, a imitar alegremente el señorial *imprimatur*, ya desde Lambeth House, ya desde el occidental extremo Paulino; con tan remendada copia de lo romano, que la palabra imperativa se escribía aún en latín; como si la culta gramática pluma que la trazara no hubiera de soltar la tinta si en latín no fuera, o tal vez porque se pensara que ninguna lengua vulgar había de ser digna de traducir la pura infatuación de un *imprimatur*: pero más probablemente, tal es mi esperanza, porque nuestro inglés, lenguaje de varones, siempre famoso y principal en los empeños de la libertad, no había de hallar letras bastante serviles para componer expresión castiza de presunción dictatorial.

Y así veis a los inventores y causantes de las licencias de libros revelados, y ello en sucesión lineal a modo de árbol genealógico. No recibimos éstas, que se sepa, de ningún antiguo estado, de ninguna pretérita política o iglesia; de ningún estatuto a nosotros legado tarde o temprano por nuestros antecesores; ni

de la moderna costumbre de ninguna iglesia o ciudad reformada del extranjero, sino del concilio más anticristiano y la Inquisición más tiránica que hubiere inquirido en las edades. Hasta ellos, los libros habían sido admitidos en el mundo tan liberalmente como cualquier otro nacimiento; la prole del cerebro no era más sofocada que la de la matriz; ninguna envidiosa Juno cruzaba las piernas sobre el advenimiento de la progenie intelectual de ningún hombre; mas si tal vez salía a luz un monstruo, ¿quién niega que fuera justamente quemado, o arrojado al mar? Pero que un libro, en peor condición que un alma pecadora, debiera presentarse a un jurado antes de nacer al mundo, y sufrir, todavía en tinieblas, el juicio de Radamanto y sus colegas, antes de retroceder por el Leteo hasta la luz, jamás fué oído lance, hasta que la misteriosa iniquidad, provocada y excitada al primer acceso de la Reforma, buscara nuevos limbos y nuevos infiernos para incluir a nuestros libros en el número de sus condenados. Y este fué el guiso exquisito tan oficiosamente tomado con ambas manos, tan repelentemente contrahecho por

nuestros obispos inquisidorados y la minoría sirva de sus capellanes. Mas cuantos conocieron la integridad de vuestras acciones, y el culto que rendís a la verdad, certificarán prontamente no ser de vuestro agrado esos certísimos autores de esta Orden sobre las licencias, y que toda intención siniestra se hallaba muy remota de vuestros pensamientos cuando acosados fuisteis para su aprobación.

Pero dirán algunos: Aunque sus inventores fueron malos, ¿no podrá ser buena la cosa en sí? Tal vez: pero supuesto que la invención no fuere traza muy honda, sino patente y con facilidad asequible a cualquiera, y a pesar de ello las mejores y más sabias repúblicas a través de toda edad y ocasión se hubieren abstenido de usarla, para que aparecieran primeros en su empleo los mas pérfidos seductores y opresores de las gentes, dados al solo propósito de embazar y obstruir el primer acceso de la Reforma, seré yo de los que crean que se necesitara más ardua alquimia de la que jamás conociera Lulio para sublimar algún buen uso de tal invención. Pero, con todo esto, lo único que solicito obtener de dicho razonamiento, es que tal

fruto pueda ser tenido por sospechable y peligroso, como sin duda merece, dado el árbol de que se cobró, hasta que vengan a disección, una en pos de otra, sus propiedades. Sin embargo, antes de proceder a ello, deberé poner de manifiesto, según propuse, lo que haya de pensarse en general sobre la lectura de libros, sean de la suerte que fueren, sopesando si hubiere de ser mayor el beneficio o el daño que de ello procediere.

Dejando aparte los ejemplos de Moisés, Daniel y Pablo, peritos en todo el saber de los Egipcios, Caldeos y Griegos, lo que probablemente no consiguieron sin leer sus libros de todas clases —y el de Pablo especialmente, quien no tuvo a mancilla insertar en la Santa Escritura las máximas de tres poetas griegos, trágico uno de ellos—, fué tal cuestión, no obstante, debatida a las veces entre los doctores de los primeros tiempos, pero con gran ventaja en el lado que a la vez la tenía por lícita y provechosa: como se distinguió clarísimamente cuando Julián el Apóstata, enemigo el más sutil de nuestra fe, causó un decreto vedando a los cristianos el estudio de las letras gentiles,

pues se dijo: —Nos herirán con nuestras propias armas, y cobrarán con nuestras propias artes y ciencias nuestra derrota—. Y ciertamente los cristianos quedaron tan reducidos a sus propios expedientes por ese medio astuto, y tan a riesgo de incurrir en cabal ignorancia, que los dos Apolinarios se resignaron, por decirlo así, a sacar acuñadas las siete ciencias liberales del texto bíblico, reduciéndolo a diversas formas de oraciones, poemas, diálogos, y llegando al tanteo de una nueva gramática cristiana. Pero según dice el historiador Sócrates, proveyó mejor la divina providencia que la industria de Apolinario y su hijo, aboliendo aquella iletrada ley con la vida de quien la ideara. Por tan sumo agravio tenía se entonces la privación del saber helénico; y estimábanla persecución de mejor socava, y más comiscadora secreta de la Iglesia, que la abierta crueldad de Decio o Diocleciano.

Y acaso por el mismo político rumbo azotó el diablo a San Jerónimo en un sueño cuaresmal por leer a Cicerón; o a lo mejor se trataría de un fantasma nacido de la calentura que de él se había adueñado. Porque si hubiera sido

un angel su flagelador, como no penara el exagerado sesgo ciceroniano, y hubiera castigado la lectura, y no la vanidad, pareciera notablemente parcial. Primero, al corregirle por el grave Cicerón y no por el resbaladizo Plauto, a quien confesó haber estado leyendo, no hacía gran tiempo; y luego por corregirle a él solo y dejar a tantos otros Padres más antiguos envejecer en aquellos estudios amenos y floridos sin el látigo de esta visión tutora, hasta el punto que Basilio nos enseña alguna utilidad que podrá sacarse de *Margites*, alborozado poema hoy perdido, debido a Homero; y ¿por qué no, llegado el caso, de *Morgante*, novela italiana de parecido objeto?

Pero si concertamos que nos sentencien las visiones, de una sé, consignada por Eusebio, harto más antigua que esta relación de Jerónimo a la monja Eustoquia, y, además, sin mención de calentura. Dionisio Alejandrino fué en las inmediaciones del año 240 persona de alta nombradía en la Iglesia por su piedad y saber, hecho a valerse notablemente contra los herejes de lo entresacado de sus libros; hasta que cierto presbítero, vencido por los es-

crúpulos, imputó a su conciencia la osadía de arriesgarse entre tales volúmenes corruptores. Aquel digno varón, renuente a caer en culpa, empezó a debatir consigo mismo sobre el más apto juicio, cuando, de repente, una visión por Dios enviada (así en su misma epístola lo asevera) le afianzó con estas palabras: Lee cuantos libros vinieren a tus manos, pues te bastas para juzgar derechamente y examinar cualquier materia. A esta revelación, según él confiesa, asintió más presuroso vista la concordancia de ella con el dicho del Apóstol a los tesalonicenses: Examinadlo todo; retened lo bueno; apartáos de toda especie de mal. Y hubiera, por cierto, podido añadir otra sentencia de igual autor: Para el puro, todas las cosas son puras; no sólo comidas y bebidas, sino toda clase de saber, ya fuere del bien o del mal; no acertará a corromper el conocimiento, ni por ende los libros, si no estuvieren ya corrompidos el albedrío y la conciencia.

Porque son los libros como manjares y viandas: unos de buena, otros de mala sustancia; y Dios, con todo, en la visión no apócrifa, dijo sin excepción: Levántate, Pedro,

mata y come; a la discreción de cada hombre dejando que eligiere. Los manjares sanos para un viciado estómago poco o nada difieren de los insalubres; y los mejores libros no son inaplicables, para la mente dañada, a ocasiones de mal. Difícilmente de manjares malos se derivará buen medro, aun en el mejor guiso; pero se advierte aquí una diferencia en los libros malos, y es que para el discreto, avisado lector, servirá en varios modos para descelar, confutar, ilustrar y prevenir. De todo lo cual no alcanzareis a esperar que produzca mejor testimonio que el de uno de vosotros, con sede en el Parlamento, y en este país por cabeza de doctos estimado, el señor Selden, cuyo volumen de derecho natural y nacional demuestra, no sólo por grandes autoridades agolpadas, sino por exquisitos razonamientos y teoremas casi matemáticamente demostrables, que todos los pareceres, es más, todos los errores, conocidos, leídos y cotejados, son de capital servicio y valimiento para la ganancia expedita de la verdad más cierta. Imagino, pues, que al ensanchar Dios la dieta universal del cuerpo humano, siempre exceptuadas las normas de

la templanza, también entonces, como antes se viera, hizo facultativas la dieta y nutrición de nuestras inteligencias, de suerte que cada hombre maduro viniera a ejercer su propia capacidad discriminadora.

¡Qué gran virtud es la templanza, y de qué descollado momento en todo el espacio que cubre la vida del hombre! Pero aun así Dios entrega la administración de tan vasto crédito, sin ley ni mandamiento particular, íntegramente, a la conducta de cada hombre sazonado. Y por lo tanto, cuando El mismo para los judíos ordenó desde el cielo aquel *omer*, \* diaria porción de maná para cada uno, ésta fué tal que se computa que holgadamente bastara, aun en el caso del más comilón, para tres yantares más. En lo que toca a las acciones en el hombre penetrantes, más que de él manaderas, y que, pues, no contaminan, no usa Dios encerrarles en perpetua niñez mandada, antes le fía la dádiva de la razón para que elija por sí; que hacer muy menguado incumbiera a la predicación si la ley y el apremio fueran a

\* Medida hebrea de capacidad, varias veces citadas en el Pentateuco, p. e. en *Lev. XXIII.* (T.)

apretar de recio en lo que antes viniera a gobernar la sola exhortación. La mucha lectura es hastío para la carne, Salomón nos dice; pero ni en él ni en otro autor inspirado hay noticia de que tal o cual lectura sea ilícita; y, ciertamente, de haber querido Dios hincar en esa materia sus hitos, harto más expediente hubiera sido decirnos lo que fuera ilícito, no lo hastioso. Y en cuanto a la quemazón de esos libros efesios por los neófitos de San Pablo, convendrá alegar que tales libros eran mágicos, según el Siriaco lo vierte. Fué aquello acto privado, acto voluntario, que no pasa de inducirnos a voluntaria imitación; presa de remordimientos quemaron los libros de su pertenencia; nada prescribe ese ejemplo al magistrado; para aquellos hombres eran los libros guía de sus actos, otros hubieran acaso podido leerlos con alguna medida de utilidad.

Sabemos que en el campo de este mundo crecen el bien y el mal en compañía de difícil despegue; y el conocimiento del bien tan involucrado se halla y entretejido con el conocimiento del mal, y es, en tantas semejanzas astutas, de difícil discernir, que las revueltas se-

millas impuestas a Psiquis para que cuidara de entresacarlas, con acervillo particular de cada especie, no tan enmarañadas anduvieron. De dentro la piel de una gustada manzana, brincó al mundo el conocimiento del bien y el mal, como mellizos al mismo tiempo hendidos. Y tal vez ésta fuera la condena del conocimiento del bien y el mal en que Adán incurriera: esto es, el conocimiento del bien por el mal. Y supuesto que éste fuere el estado del hombre, ¿qué prudencia se podrá conseguir, qué continencia anudar sin el conocimiento del mal? Quien pudiere percibir y considerar el vicio con todas sus añagazas y hueros deleites, y con todo ello abstenerse, y con todo ello demarcar, y preferir lo verdaderamente mejor, será genuino viandante cristiano.

No sabría yo alabar esa virtud fugitiva y segregada, sin aliento y ejercicio, que nunca sale al raso ni divisa al adversario, antes se esquivo de aquel coso que nos promete la guirnalda inmarcesible, no sin encendimiento y polvareda. Sin duda no aportamos inocencia al mundo; lo que nos purifica es la prueba, y ésta se alcanza por acción de contrario. La

virtud, pues, aniñada en lo que concierne al conocimiento del mal, ignara de lo sumo que el vicio promete a sus secuaces, y atenta a rechazarlo, no es pura, sino vacante virtud; su blancura no pasa de excretada. Y por esta razón nuestro sesudo, grave poeta Spenser, a quien me arriesgo a proclamar mejor maestro que Escoto o Aquino, al describir la auténtica templanza en la persona de Guión, hácele atravesar con su romero la cueva que Mamón habita y la glorieta de la felicidad terrena, para que acierte a ver y saber, mas para abstenerse. Ya, pues, que el conocimiento e infección del vicio es en este mundo tan necesario para el establecimiento de la virtud humana, y el examen del error para la confirmación de la verdad, ¿podremos explorar las comarcas del pecado y la falsía más sobre seguro y con menos peligro que leyendo toda suerte de tratados y oyendo todo linaje de razones? Y éste es el beneficio cobradero de la entremezclada lectura de los libros.

¶ Pero el daño que de ello pudiere resultar, en tres conceptos suele venir escalonado. Té-mese, en primer lugar, la infección que acaso

cundiera: pero entonces habría que limpiar la tierra de todo humano saber y controversia acerca de temas religiosos, y, lo que es más, de la misma Biblia: pues ésta repetidas veces saca a cuento blasfemias sin asomo de circunspección, describe el sentido carnal de los inícuos no sin elegancia, admite la murmuración apasionada de varones santos contra la Providencia, discurriendo por todos los argumentos de Epicuro; y en otros mayores temas de debate responde dudosamente y en cerrazón al corriente lector. Y preguntadle a un talmudista por qué achaque de la modestia de su Keri marginal, no saben persuadirle Moisés y todos los profetas a que pronuncie su textual Chetiv. Por esas causas juntas bien sabemos todos que la misma Biblia fué por los papistas incluida el primer rango de los libros prohibidos. Los padres más antiguos serán luego apartadizos: así Clemente Alejandrino, y ese libro de Eusebio para la iniciación cristiana, en que es fuerza atravesar un sinnúmero de obscenidades gentiles que nos hieren el oído, para llegar al Evangelio. ¿Quién no hallará que Ireneo, Epifanio, Jerónimo y otros descubren más herejías

de las que acertaren a refutar cumplidamente, eso sin contar que tal cual vez resulta la herejía opinión más verdadera?

Y no valdrá decir en excusa de éstos, y de todos los escritores gentiles de mayor infección, si por tal se la tuviere, a quienes viene hallándose vinculada la perduración del saber humano, que escriben los tales en lengua no conocida, mientras nos constare ser peritos en tales lenguajes los peores entre los hombres, capacísimos y diligentísimos para inculcar la ponzoña que absorbieron, empezando por las cortes de los príncipes, a quienes familiarizan con los más escogidos deleites y críticas del pecado. Como tal vez hiciera ese Petronio a quien llamara Nerón su árbitro, o maestro de sus orgías; y ese notable ribaldo de Arezzo, temido y con todo amado entre los cortesanos de Italia. No citaré, en bien de la posteridad, el nombre de aquél a quien, jocosamente, designó Enrique VIII por su vicario del infierno. Por su compendioso estilo, todo el contagio que los libros extranjeros pudieren difundir hallará su rumbo hacia las gentes, harto más fácil y breve que un viaje indiano, con poder

ser éste navegado o por el norte de Catay hacia el oriente, o por el de Canadá hacia el ocaso, mientras que nuestro sistema españolizante de licencias nunca tan severamente paraliza las prensas inglesas.

Pero, por otra parte, la infección procedente de libros de controversia religiosa es más dudosa y peligrosa para el docto que para el ignorante; y a pesar de ello esos libros deben permanecer inmunes de todo licenciador. Sería difícil mentar un ejemplo de que algún hombre ignorante hubiere sido jamás seducido en Inglaterra por un libro papista, como no se lo recomendara y expusiera alguno de estos clérigos; y es cierto que tales tratados, ya sean falsos ya verdaderos, siguen la suerte de la profecía de Isaías al eunuco, incomprendible sin un mentor. Mas de la copia de nuestros sacerdotes y doctores corrompidos por el estudio de los comentarios de jesuítas y sorbonistas, y de la presura con que transfundieron esa corrupción al pueblo, guardamos triste y cercana experiencia. Ni cabe olvidar que el agudo y despejado Arminio fué pervertido mediante el solo examen de un discurso innominado, es-

crito en Delft, que al principio cobrara para refutarlo.

Viendo, pues, que estos libros, y aquellos, de que hay sinnúmero, más susceptibles de contaminar a un tiempo vida y doctrina, no pueden ser eliminados sin decadencia del saber y de toda capacidad polémica; y que esos libros, de una y otra especie, con más fuerza y prontitud atacan a los doctos, de quienes cualquier elemento disoluto o herético puede rápidamente pasar a las comunes gentes; y que las costumbres perversas llegan a ser perfectamente aprendidas sin libros y por mil otros modos en que no cabe poner tropezadero; y la doctrina dañada no con libros se difunde, salvo la que la guía de un maestro contuviere (y a la que éste podrá dedicarse sin escribir, y así, allende todo requerimiento de licencia), no alcanzo a descoger cómo esa cauta empresa de las licencias pueda ser exceptuada del número de los vanos e imposibles intentos. Y quien de humor de burlas estuviere, no podría menos de compararla a la hazaña del bizarro que creyó impedir a las cornejas el acceso a su parque con sólo cerrar su verja.

Hay además otro inconveniente. Si son los doctos los primeros afectados por los libros y esparcidos tanto del vicio cuanto del error, ¿cómo podremos confiar en quienes licenciarán, salvo si les conferimos, o asumen ellos por cima de todos los habitantes del país, la gracia de permanecer infalibles e incorruptibles? Y por otra parte, si es cierto que un varón prudente, como experto refinador, puede extraer oro de la obra más llena de escoria, y un necio, recio ha de ser, con el mejor nimbo o sin él, no habrá, pues, razón de que privemos al prudente de nada que a su prudencia aproveche, para evitar que llegue a un necio lo que no por serle negado estorbará su sandez. Porque si fuera siempre menester tan puntual medida para alejar de él lo inadecuado para su lectura, deberíamos, no sólo a juicio de Aristóteles, sino al de Salomón y de nuestro Salvador, abstenernos de deferirle buenos preceptos, y por tanto no admitirle de nuestra gana a los libros buenos, pues no cabe duda de que más aprovechará al cuerdo un folleto ocioso que a un bobo la Sagrada Escritura.

Se alega, además, que no debemos exponernos sin necesidad a las tentaciones; ni, en pos de esto, perder el tiempo en cosas vanas. Para ambas objeciones servirá una sola respuesta, del mismo tenor de razones ya dichas: que no para los hombres todos han de ser tales libros tentaciones ni vanidades, pues habrá quienes los empleen como útiles drogas y materiales con que templar y componer fuertes y eficaces remedios de que no ha de estar carente la vida humana. Los demás, como niños y hombres aniñados, sin arte para calificar y disponer estos minerales operantes, podrán ser exhortados a la abstención, mas no impedidos a dura fuerza, por más licencias que la bendita Inquisición arbitrare. Y de ello prometí ocuparme luego: esto es, de que tal sistema de licencias en modo alguno conduce al fin para que fué inventado, lo que un tanto prematuramente saltó a la vista mientras andaba en estas anteriores explicaciones. Admírese, pues, el despejo de la Verdad, que al cobrar espontánea, libre mano, se descoge antes de que sepan alcanzarla el compás del método y el discurso.

Consistía la iniciada labor en demostrar que ninguna nación o estado bien constituido, como en algún aprecio tuviera los libros, usó jamás de ese estilo de licencias; y podría argüirse ser éste artilugio de cautela descubierto en edades muy postreras. A lo que yo replico que por tratarse de cosa leve, y obvia al pensamiento, por muy arduo que hubiere sido descubrirla, no faltara entre aquéllos, ya de antiguo, quien discurriera esa traza; y por no haber eso acaecido, hallamos, y es pauta de su juicio, que no el desconocimiento sino la desaprobación fué causa de que aquélla no emplearan.

Platón, hombre ciertamente de grande autoridad, aunque menor que dondequiera en su propia república, dió vuelos a su fantasía en el libro de sus *Leyes*, por ninguna ciudad recibidas, componiendo muchos edictos para sus ediles, que quienes, por otra parte, le admiran hubieran preferido que enterrara y excusara por el afable copeo de una noche de reunión académica. Y por dichas leyes parece no tolerar más clase de saber que el decretado inalterablemente, constando en su mayor parte

de tradiciones prácticas, para cuyo logro una biblioteca de menor capacidad que sus propios *Diálogos* fuera de sobrada holgura. E igualmente decreta que ningún poeta leerá ni a un solo particular lo que tuviere escrito hasta que los jueces y custodios de la ley lo hubieren visto y autorizado. Pero es llano que Platón proponía peculiarmente esa ley para la república que había imaginado, mas no para otra alguna. No era legislador ni para sí, antes transgresor, y de los que expulsaran sus mismos magistrados, tanto por los libres epigramas y diálogos de su confección, y su perpetua lectura de Sofrón Mimo y Aristófanés, libros de la más desvergonzada infamia, y por su recomendación del postrero, a pesar de su condición de calumniador malévolo de sus mejores amigos, para que le leyera el tirano Dionisio, quien harto poca necesidad tenía de tal basura como pasatiempo. Pero bien sabía él que aquella obligación de licencia para los poemas se hallaba en relación y dependencia de otras disposiciones previstas para su república imaginaria, en este mundo imposibles; de suerte que ni él mismo ni ningún magis-

trado o ciudad imitaron jamás aquel propósito que, tomado aparte de aquellos otros mandatos colaterales, vano y estéril resultara. Pues si sólo en una vía se hubieren manifestado estrictos, sin igual cuidado para regular todo lo igualmente apto a la corrupción del espíritu, grata labor hubiera sido aquélla: cerrar y fortalecer una puerta contra la corrupción y serles menester dejar otras, en derredor, abiertas de par en par.

Si pensamos en regular las prensas, para con ello enderezar los modales, deberemos regular toda casta de solaces y pasatiempos, todo aquello en que los hombres hallaren su deleite. No habría que oír música, ni debería canción ir al pentagrama o ser entonada, como no fueran dóricas y graves. Ni sin permiso debería espaciarse la danza, para guardar a nuestra mocedad de ademán, movimiento o porte de los que vuestro permiso no estimara honestos; en tales cautelas ya anduvo Platón precavido; y labor más copiosa que la de veinte licenciadores ha de requerir el examen de cuantos laúdes, violines y guitarras hubiere en cada casa; ya es menester que no se les consienta

parlotear como suelen, antes deberán hacerse con el permiso de lo que puedan decir. ¿Y quién quedará todos los cantes y madrigales que cuchichean dulzura de puertas adentro? Ni habrá que descuidar las ventanas ni olvidar los balcones; libros hay astutos, con harto riesgo en los frontispicios, expuestos a la venta; ¿quién habrá de vedarlos? ¿o lo harán veinte licenciadores? Tampoco las aldeas podrán pasarse de visitadores que inquieran en qué sentidos andan esos concentos de la gaita y el rebeco, hasta llegar al cancionero y a la escala de cada violinista pueblerino, porque éstas son las Arcadias de gentes labriegas, y sus Montemayores. Y luego ¿qué mayor desorden nacional, que el que ganó a Inglaterra desconsideración en los países extraños: nuestra doméstica intemperancia? ¿quiénes serán cabeza ordenadora de nuestras diarias asonadas? ¿y qué se hará para restringir a las muchedumbres que tan asiduas concurren a esas casas en que se vende y ampara la ebriedad? También nuestros atuendos deberían verse sometidos a licencia de algunos oficiales más austeros que atendieran a que se les cortara en menos pí-

cara hechura. ¿Quién regirá toda la plática embarullada de nuestras juventudes, juntos el mozo y la niña, según es de moda en este país? ¿quién designará lo que valiere para hablado y lo que sólo para presumido? Y, finalmente ¿quién prohibirá o hará apartamiento de toda ociosa manida, de toda compañía mala? Tales cosas fueron y serán, pero en cuidar de que menos dañen y menos seduzcan consiste la grave sabiduría rectora de un Estado.

Aislarse del mundo en planes atlánticos y utópicos nunca llevaderos a la práctica, no ha de enmendar nuestra condición; para esto lo que importará es gobernar con seso en este mundo dañado enmedio del cual nos pusiera Dios inevitablemente. Lo cual no vendrá a conseguirse con ese sojuzgamiento de los libros a licencia, por Platón encarecido, y tras el cual, con necesidad parecen tantas licencias de otros estilos que nos dejarán a todos ridículos y hastiados, y todavía sin logro. Son las leyes tácitas o siquiera no represivas, para la educación virtuosa, de crianza religiosa y civil, por Platón llamadas lazos y trabaduras de la repúbli-

ca, columnas y sostenes de cualquier estatuto escrito, las que asumen autoridad primordial en tales materias, en que fuera tan fácil hurtarse a toda licencia. La impunidad y abandono, azotes son de una república; pero lo sumo del arte está en discernir qué habrá de ser cohibido y castigado, y en qué negocios convendrá el uso exclusivo de la persuasión.

Si todo acto, bueno o malo, para el hombre en sazón quedara sometido a permiso y mandamiento y apremio, ¿qué fuera la virtud sino un hombre, y qué encomio merecerían los bienhacientes y qué gracia se estimaría en quienes permanecieran sobrios, justos o castos? Quéjense muchos de la divina providencia por haber sufrido la culpa de Adán: tal es de necia su lengua. Al darle Dios la razón, para escoger le dejó libre, pues no hace la razón sino escoger; de otra suerte hubiera sido mero Adán artificial, un Adán como el que aparece en las titererías. No nos juzgamos nosotros de aquella obediencia, o amor, o liberalidad, que viene por fuerza: Dios, pues le dejó libre, y puso ante él un objeto incitante, que poco se apartara de sus ojos; en ello había de consistir

su mérito, en ello el derecho a su recompensa, y la alabanza de su privación. ¿Porqué había de crear pasiones en nosotros y placeres en derredor nuestro sino para que resultaren, por la debida templanza, propios ingredientes de la virtud?

No consideran sagazmente el negocio del hombre quienes imaginan que removerán el pecado al remover su materia; porque además de ser este copioso acervo, que recrece en el acto mismo de menguar, aunque alguna parte de él pueda por algún espacio ser retirada de algunas personas, no podrá serlo de todas en cosa tan universal como los libros; y una vez conseguido este poco, sigue el pecado en su entereza. Bien podemos arrebatár al codicioso su tesoro cabal, mas si una joya le queda, no le sabremos despojar de su codicia. Desterraremos todos los objetos de concupiscencia, encerremos a cuanta mocedad hubiere en la más severa disciplina que usarse pueda en eremitorio alguno, y no les haremos castos si ya esa virtud no hubieren traído consigo: sumo cuidado y cordura requiere, pues, el acertado gobierno en ese punto. Suponed que arrojára-

mos el pecado por tales medios; mas paradientes en que si una medida de él expulsáremos, otra igual medida expulsaremos de virtud, pues la materia de ambos es la misma; quitad esta y habreis eliminado a entrambos.

Ello justifica la cimera providencia de Dios, que, por bien que Él nos mande guardar templanza, justicia y continencia, ante nosotros, a pesar de ello, derrama todas las cosas deseables, y nos infunde ánimos capaces de errar mas allá de todo límite y hartura. ¿Por qué, pues, deberíamos aceptar un rigor contrario al estilo de Dios y la naturaleza, abreviando, o apocando esos medios, o sean los libros permitidos sin traba, destinados tanto a la probación de la virtud como al ejercicio de la verdad? Harto mejor sería darse cuenta de cuán frívola ha de ser la ley que cohibe cosas que inciertamente, mas por parejo, sirven para el bien y el mal. Y si a mí me tocara escoger, un sorbo de bien conseguido tuviera por mil veces máspreciado que la evitación por la fuerza de los hechos dañosos. Porque Dios ciertamente prefiere el recrecimiento y pleni-

tud de un alma virtuosa a la sujeción de diez disolutos.

Y dado que cualquier cosa que oigamos o veamos, sentados o de paseo, en plática o viaje, puede ser aptamente llamado libro nuestro, y determina efecto igual al de los escritos, si a pesar de ello sólo se atendiera a prohibir los libros, resultara esa Orden de insuficiencia notoria para el fin propuesto. ¿No vemos, no una o pocas veces, sino cada semana, esas continuas denuncias contra el parlamento y las ciudades, saliendo de las prensas, como las húmedas hojas lo declaran, y entre nosotros esparcidas a ciencia y paciencia de reguladores? Y con todo esto es el primer servicio en que tal ordenación debiera dar fe de vida. Si: como fuere cumplida, direis. Mas es evidente que si la ejecución peca ya ahora de remisa o ciega, y en asunto como este, ¿qué iba a ser después y en otros libros? Empero, si vuestra Orden, Lores y Comunes, no hubiera de salir vana y frustrada, nueva labor os incumbe: debeis derogar y proscribir todos los libros escandalosos y no autorizados que anduvieren ya impresos y difundidos. Y eso des-

pués de apereibir de ellos una lista para que sepan todos cuáles son condenados y cuáles no. Y asimismo debereis ordenar que ningún libro extranjero salga de custodia hasta que fuere punto por punto examinado. Este despacho requerirá, cabal, el tiempo de no pocos inspectores; y habrán de ser ellos gentes no vulgares. Habrá también libros que en parte sean útiles y excelentes, en parte culpables y perniciosos; de aquí una labor que exigirá hartos funcionarios más para los expurgos y retoques, a fin de que la república de las letras no padezca detrimento. Y en fin, cuando la muchedumbre de libros agobie sus manos, debereis con buen agrado catalogar todos los impresores que hubieren pecado frecuentemente, y prohibir la importación de toda su recelada tipográfica. En una palabra, para que vuestra orden sea exacta y sin lagunas, debereis reformarla cumplidamente según el modelo de Trento y de Sevilla, lo que bien sé que aborrecierais acometer.

Mas aunque a ello os allanáreis, lo que Dios no quiera, la Orden fuera todavía estéril y defectuosa con respecto al fin que en vuestro áni-

mo la determinara. Si mira a prevenir sectas y cismas, ¿quién será tan iletrado o mal catequizado por la Historia que no supiere de muchas sectas que rehusaron los libros como estorbo, e inalterada conservaron por edades su doctrina, validas sólo de la tradición oral? La Fe Cristiana, con haber sido cisma, notorio es que se difundió por todo el Asia, antes de que ningún Evangelio o Epístola cundiera por escrito. Y si es el mejoramiento de costumbres lo que se persigue, poned los ojos en Italia y en España y advertireis si esos lugares son un ápice mejores, más honrados, más avisados o más continentes desde todo el rigor inquisitivo que allí sobre los libros se cerniera.

Otra razón patentiza que esa orden no alcanzará el fin que busca: considerad la calidad que en cada licenciador debiera existir. No cabe negar que el nombrado juez para asistir al nacimiento o muerte de los libros, y decidir si habrá o no de acogerseles en el mundo, necesitará exceder al nivel común, aparecer a la vez estudioso, docto y sesudo. Podrían de otra suerte producirse errores no livianos en la censura de lo que fuere o no admisible, en lo

que se arriesgaría también no exiguo perjuicio. Mas admitido que él fuere del valor que en efecto le corresponde, advertid que no podrá haber trabajo diario más hastioso y displaciente, mayor pérdida de tiempo exigida a su entendimiento, que esa función de perpetuo lector de revueltos libros y folletos y a veces volúmenes ingentes. No hay libro aceptable como no fuere en ciertas estaciones; pero verse obligado a su lectura en cualquier tiempo, y en tipos a penas legibles, cuando no se engullera tres páginas de aquel texto en ocasión alguna ni en la impresión mas bella, imposición es, que no acierto a comprender cómo el que apreciare su tiempo y sus estudios, o fuere al menos de exigente olfato, llegará a soportar. En este punto, pido a los actuales licenciadores que me perdonen por tal pensamiento; sin duda ellos se plegaron a tal oficio considerándolo a través de su obediencia al Parlamento, cuyo mandato tal vez les hizo parecer fácil todo el empeño de sus fatigas. Pero de que esta prueba les tenga ya cansados, bastante testimonio son sus semblantes, y las ofrecidas excusas a quienes multiplican viajes

hacia ellos en solicitud de sus licencias. Viendo pues que los ahora habientes de tal empleo, por todo indicio manifiesto desean verse libres de él; y que no hay hombre de valer —ninguno, esto es, que no fuere pródigo de sus horas—, que probablemente vaya a sucederles, como no le tentare el salario de un corrector de imprenta, fácilmente podremos augurar qué clase de licenciadores nos han de caer en suerte más adelante: o ignorantes, imperiosos y remisos, o bajamente mercenarios. Esto quise hacer ver, y cómo en vista de ello esa Orden no puede alcanzar aquel fin de su propósito.

Tócame ya seguir, del bien que no puede hacer, al daño patente que causa, como primer desánimo y afrenta destinada a los estudiosos y los doctos.

Queja y lamentación fué de prelados en el aliento postrero de cada moción atenta a eliminar las pluralidades, y a distribuir más equitativamente las rentas de la iglesia, que con ello todo saber se vería desalentado y alicaído para siempre jamás. Pero, con referencia a esta opinión, nunca hallé causa de suponer que la décima parte de la ciencia alentara o cayera

con el clero, ni en tiempo alguno tuve palabras tales sino por dicho sórdido y desmerecedor de cualquier eclesiástico perdidoso de su buen abastecimiento. Si pues os sintiéreis renuentes a descorazonar y disgustar de todas veras, no a la banda venal de falsos alegadores del saber, sino a la especie libre y sincera de quienes obviamente nacieron para el estudio, y aman el saber por sí mismo, no por lucro ni más fin que el servicio de Dios y la verdad, y acaso la fama duradera y perennidad de alabanza que han permitido Dios y los buenos que fuera recompensa de quienes con su labor publicada aceleran el bien de la humanidad, sabed entonces que a tal extremo desconfiar del seso y honradez de quien no tuvo sino adocenada nombradía en las letras y con todo jamás delinquiró, que ya no se le tuviera por capaz de dar su opinión a las prensas sin un tutor y examinador, por miedo a que de él se deslizara un cisma, o algún tanto de corrupción, es el mayor desplacer y oprobio que a un espíritu libre y doctrinado depararse pueda.

¿De qué ventaja goza el hombre sobre la condición de un niño de la escuela, si sólo

escapamos de la férula para caer bajo el puntero de un *imprimatur*; y serios, elaborados escritos, como si no pasaran de temas de un mozalbeta en clase de gramática al acecho de su pedagogo, no han de cobrar voz sino ante la mirada superficial de un licenciador acomodadizo e improvisado? Quien, sin crédito de confianza para sus propias acciones —con no conocerseles rumbo malo—, expuesto queda al acaso de la ley y las penas, no contará con grande argumento para estimarse reputado en la república en que nació sino como necio o extranjero. Cuando un hombre escribe para el mundo, convoca toda su razón y deliberación en su asistencia; investiga, medita, se mete en mil trabajos, y probablemente de ello departe y sobre ello consulta a sus amigos avisados, después de lo cual se tiene por conocedor en lo que escribe, tanto como cualquiera que sobre lo escrito decretara. Si en este su más consumado acto de buena fe y buena sazón ni sus años, ni su industria, ni la anterior demostración de sus capacidades pueden granjearle título de madurez —salvo si acarrea todo su trabajo sopesado, sus desveladas de

media noche y gasto de aceite del Paladio, al vistazo de un licenciador agobiado, tal vez de edad mucho más verde, tal vez harto inferior en el juicio o ignorante de las fatigas de ajustar un libro, y ha de aparecer sin remedio (si se zafare de repulsa o desaire), como chiquillo con su custodio, puesta la mano censora al dorso de su portada como fianza y garantía de no tratarse de un idiota o de un inverecundo, no habrá en todo ello sino deshonra y detración para el autor, para el libro, para el privilegio y dignidad del Saber.

¿Y qué acaecerá si el autor fuere de tan copiosa inventiva que se le ocurrieran hartas cosas bien merecedoras de ser añadidas, tras la licencia, al libro ya en las prensas, lo que no raramente sucede a los más principales y diligentes escritores, y acaso doce veces en un libro solo? No se atreve el impresor a exceder aquel texto autorizado; de suerte que, a menudo, deberá el autor caminar penosamente hacia su daca-permisos para que sus tales nuevas inserciones sean examinadas; y más de un correteo será menester antes de que aquel licenciador, porque precisa que sea el

mismo varón, pueda ser hallado, o hallado en ocio. Y en tanto deberá la prensa holgar, lo que no es daño de poca monta, o perder el autor sus pensamientos más acabados, y despachar el libro harto peor de como finalmente lo dejara, lo cual, para un escritor diligente, es la mayor melancolía y vejación imaginable.

¿Y cómo podrá uno enseñar con autoridad, lo que es vital en la enseñanza; cómo podrá ser, como debiera, doctor en su libro, pues de otra suerte más le valiera guardar silencio, si en todo lo que enseña, en todo lo que pronuncia se halla bajo la tuición y correctivo de su licenciador patriarcal, quien mancha con su tinta o altera lo que no concordare exactamente con el humor testarudo que por juicio tiene? Siendo así que todo lector agudo, a la primera ojeada a una licencia pedante, podrá en pos de esas mismas palabras echar el libro de una manotada a la distancia a que lanzara un tejo. Detesto a un alumno maestro, y no soporto a un instructor que se me allega con la tutoría de un puño omnividente. Nada sé del licenciador, sino que aquí está su mano al cuido de su arrogancia; ¿quién sabrá ga-

rantizarme su juicio? El Estado, señor, responde el librero; pero la contestación es fulmínea: El Estado será mi gobernante, no mi crítico; podrá él equivocarse en el nombramiento del licenciador, como éste errar en lo que al autor concierne; eso por sabido se calla, y cabría añadir, tomándolo de Sir Francis Bacon, que esos libros licenciados no son sino el habla de los tiempos. Porque supuesto que un licenciador fuera más juicioso de lo acostumbrado, lo que supondría gran peligro para la próxima seguida, con todo su mismo oficio y lo que tiene encomendado le obligan a no dar entrada sino a lo ya vulgarmente recibido.

Y lo que es más lamentable: si la obra de algún autor difunto, aunque nunca muy nombrado en vida, y aun luego, llegara a aquellas manos en solicitud de licencia para ser impresa o reimpressa, como ella encerrara una frase de arriesgado filo, pronunciada en lo más culminante del celo y acaso al dictado de un divino espíritu, pero no bien encajada al deprimido humor senil de los tales, éstos, aun si hubiere sido el mismo Knox, reformador de un reino, quien la hubiere dicho, no le perdo-

narán su arrojo; y quede el pensamiento de hombre tamaño para toda la posteridad perdido, por apocamiento o temeridad engréida de un sumario licenciador. Y pudiera yo citar aquí a cual autor se hizo recientemente violencia tal, y en qué libro, cuya fiel publicación era por cierto de eminente importancia: pero de ello he de abstenerme hasta ocasión más oportuna.

Si de estas cosas, empero, no sintieren el agravio seria y convenientemente quienes tienen en su mano el remedio, y siguieran esos férreos moldes con autoridad para raer los más selectos períodos de los libros más exquisitos, y cometer ese fraude alevoso contra los huérfanos despojos de los hombres beneméritos en pos de su muerte, más desdichada será la raza de hombres sin ventura, cuyo infortunio es tener entendimiento. Que nadie cuide en lo venidero de aprender, ni le importen más artes que las mundanas; porque, ciertamente, revelarse en las cosas más cimeras ignorante y flojo, ser vulgar y bien asegurado tonto de capirote, merecerá la única vida sabrosa, y la única apreciada.

Y así como es esto particular desestima de toda persona cultivada, y capital injuria a escritas obras y monumentos de los muertos, así me parece menosprecio e insulto para toda la Nación. No sabría yo considerar de tan poca entidad toda la inventiva, el arte, el ingenio, el grave y sólido juicio existentes en Inglaterra, que bastasen a albergarlos veinte capacidades por notables que fueran, y mucho menos que no se diera a aquellos vía franca a menos que fuera cribada y cernida por sus triadores, a fin de que no se cursara sin su huella manual. Verdad y entendimiento no son mercancías monopolizables y que admitan tráfico por cédulas, estatutos y patrones oficiales. Desechemos la idea de convertir en un artículo tipo todo el conocimiento del país, para marcarlo y licenciarlo como nuestro paño fino y pacas de lana. ¿Qué ha de ser sino sujeción como la impuesta por los filisteos, y no poder afilar nuestras hachas y rejas de arado, sino llegar de todo paraje a repararlas a veinte fraguas licenciadoras? Pongamos que alguien hubiere escrito y divulgado cosas erróneas y para el honrado vivir escandalosas, abu-

sando de la estima en que hubiera andado su razón entre los hombres y perdiéndose el derecho a ese crédito; pues bien, en el caso de que al término del proceso la única censura que se le adjudicara fuera que desde entonces no había de escribir cosa que no examinara previamente un funcionario a tal efecto designado, el cual no le dejara de su mano para acreditar cuando al fin pudiere ser leído sin peligro, no supiera ello ser estimado por menos que infamante castigo. Por donde llanamente podrá entenderse qué oprobio sea incluir a toda la nación, y a los que jamás del mentado modo ofendieron, bajo tan desconfiado y receloso entredicho. Tanto más cuando los deudores y delincuentes podrán ir por el extranjero sin custodia, pero libros inofensivos no conseguirán salir a esparcirse sin un visible carcelero en su portada.

Ni para las comunes gentes habrá de significar ello menos que un reproche; pues si en tal sospecha les tenemos que no nos atrevamos a confiarle un folleto inglés, ¿hacemos más que censurarles como pueblo atolondrado, vicioso y sin fundamento, en tan débil y

doliente estado y de fe y discreción que nada sean capaces de tragar sino por el caño de los licenciadores? No sabremos pretender que todo sea por su cuidado y amor, cuando en esos parajes papistas en que se tiene a los laicos más aborrecidos y despreciados, a igual severidad se les somete. No acertamos a llamarlo prudencia, porque no se atranca sino una brecha de la disolución, y ni siquiera esto: mientras aquellas corrupciones que se intenta prevenir se precipitan más raudas a otras puertas, que es imposible cerrar.

Y, en conclusión, redundo eso en desprestigio, además, de nuestros ministros, de cuyas labores hubiéramos esperado mejor fruto, así como de la proficiencia con que aventajan a su grey, si en pos de toda la luz del evangelio que es y será y toda su continua predicación, han de sufrir todavía el contacto de una chusma laica, horra de principios y edificaciones, hasta el punto de que la vaharada de cada nuevo folleto les haga zozobrar en su catecismo y andanza cristiana. No sin harta razón desalentará esa medida a los ministros, pues tan bajo concepto merecen todas sus exhorta-

ciones y el provecho de sus auditorios, ya que a éstos no se tiene por idóneos para soltados a tres hojas de papel sin un licenciador, y ya que todos los sermones, y todas las instrucciones predicadas, impresas y en tal profusión venteadas, y tantos volúmenes, que casi quitaron de la venta todos los demás libros, no sean armadura bastante contra un solo *Enchiridion*, sin el castillo de Sant'Angelo de un *Impri-matur*.

Y para que alguien no os persuadiere, Lorees y Comunes, de que estos argumentos sobre el desmayo de doctos varones ante vuestra Orden serán puros floreos y no verdades, contaré lo que ví y escuché en otros países, en que esta especie de inquisición tiraniza, al sentarme entre sus varones más doctos, pues este honor alcancé, y contado fuí por dichoso como nacido en sede de libertad filosófica, que en concepto de tal tenían a Inglaterra, mientras a ellos no tocaba sino lamentarse de la condición servil a que el saber entre ellos se redujera; y esto era lo que había amortecido la gloria de los ingenios de Italia, de suerte que no se había escrito en copia de estos últi-

mos años más que adulación y retumbancia. Allí encontré y visité al famoso Galileo, envejecido en la cárcel de la Inquisición, por pensar en astronomía de otra suerte que como licenciadores franciscanos y dominicos pensaban.

Y con saber yo que Inglaterra gemía entonces que se desgañitaba, puesta al yugo prelacial, tomé, sin embargo, como prenda de futura bienandanza que tan persuadidas de su libertad se hallaran otras naciones. Y eso que estaba más allá de toda esperanza mía que en nuestros aires alentaran estos Beneméritos que habían de llevarla a tamaña liberación, que jamás habrá de ser ella olvidada, hasta el fin del mundo, en revolución alguna del tiempo. Mas luego, empezada tamaña obra, ya no temí volver a oír acá las quejasas palabras de otras naciones contra la Inquisición, mas si en labios ahora de los conspicuos de este país, en este régimen de Parlamento y contra un sistema de licencias: y eso tan generalmente que, cuando hube confiado a un compañero el disgusto que en los tales cundiera, podría decir, aunque sin emulación, que el cuestor por su probidad gra-

tísimo a los sicilianos no fué por ellos más importunado contra Verres, de lo que la opinión favorable en que me hallo entre muchos que os rinden honor, y a quienes conocéis y respetais, me cargara de instancias y persuasiones para que sin desfallecimiento recogiera yo cuanto la justa razón me inspirara a fin de alejar del saber ese azote no merecido. Y así no explayo, pues, mi particular antojo, sino el común agravio de quienes prepararon sus mentes y estudios por encima de la común pendiente, para que en unos recrezca la verdad y en otros se asegure; y de ello bastará a convencer lo ya mentado.

Y, voz de ellos, no me hará esconder amigo ni enemigo lo que generalmente se platica, esto es, que si a inquirir y licenciar se volviere, y fuéramos de tal naturaleza timorata y tan recelosos de todas las gentes, que llegáramos a temer cada libro y el venteamiento de cada hoja antes de conocer su contenido, y si esos tales que en días muy acercados viéronse poco menos que hechos callantíos en sus púlpitos vinieren a hacernos callantíos en nuestras lecturas, salvo en las de su gusto, no cupiera adi-

vinar qué se habían propuesto algunos, como no fuera una segunda tiranía sobre el saber; y presto se revelara indiscutible que obispos y presbíteros se reducían a una misma cosa, en el nombre y la esencia. No es para nosotros incomprensible que los males de la prelación que antes desde veinticinco sedes, o acaso veintiséis, eran distributivamente cargados al pueblo entero, se posen ahora totalmente sobre el saber; mas sí lo parece que el pastor de una chica, zafia parroquia sea de pronto exaltado a arzobispo de una vasta diócesis de libros, y con todo no se aleje de su otra cura, antes no la suelte, místico monopolizador. Quien no hace mucho recriminara la exclusiva ordenación de cada tierno bachiller de Artes y se rehusara a conceder la jurisdicción exclusiva sobre el más humilde de los fieles, ahora, desde casita, en su privada sede, asumirá ambos poderes sobre libros dignísimos y de suma excelencia y los competentísimos autores que los escribieran.

No son esos nuestros convenios ni tiene eso que ver con nuestras protestas; no es eso echar abajo la prelación; eso no es sino conservar un episcopado aunque en astillas, y sólo transferir

el metropolitano palatino de una a otra especie de imperio; eso no pasa del viejo ardid canónico de la conmutación de las penas. Quien tan al punto se estremece ante un mero folleto sin licencia, andará a no tardar con susto de cada conciliábulo, no sin que, presto, conciliábulo se le antoje cada reunión de cristianos. Pero seguro estoy de que un Estado regido por normas de justicia y fortaleza, o una iglesia fundada y erigida sobre la roca de la fe y genuino saber, no habrán de incurrir en tal pusilanimidad. Duda causará y desánimo en cuantos doctos y religiosos varones hay, que mientras se vaya a asentar una constitución religiosa, venga a ser restringida la libertad de escribir por una disciplina imitada de los prelados, y por ésto aprendida de la Inquisición.

Nadie dejará de discernir la sutileza de este móvil político y quienes sean sus arbitrades: mientras los obispos eran acosados hasta su caída, todas las prensas debían trabajar expeditas: tal era el mayorazgo y privilegio del pueblo en época de Parlamento, tal el nuevo amanecer. Pero abrogados ya los obispos y obrado hueco en la Iglesia, como si nuestra

Reforma sólo buscara abrir paso hacia aquellos sitios para otras gentes, al amparo de un nombre distinto, las artes episcopales volvieron a echar pimpollos, la redoma de la verdad no hubo de verter más aceite, la libertad de la prensa hubo de ser otra vez sojuzgada por la comisión prelacial de los veinte, se vió anulado el privilegio del pueblo, y, lo que es peor, la libertad del saber vino a gemir todavía en sus antiguas cadenas: y todo ello mientras aun estaba el Parlamento en funciones. Y eso aunque sus propios argumentos y defensas contra los prelados debieran recordarles que esa violencia entorpecedora acaba siempre dando con un evento del todo opuesto al fin a que se encaminara: en vez de suprimir sectas y cismas, lo que hace es realzarlos y revestirlos de nombradía. “El castigo de ingenios destaca su autoridad”, dijo el vizconde de Saint Albans; “y tiénese a un escrito prohibido por cierta centella de verdad que se precipita al semblante de quienes hicieron por hollarla”. Esta Orden de ahora, pues, podría resultar madre nutricia de sectas; mas ya descubrió fácilmente como habrá de ser bastarda institutriz de la Verdad,

y ello, ante todo, incapacitándonos para el mantenimiento de lo ya conocido.

Bien sabe el avezado a la reflexión que nuestra fe y conocimiento medran por el ejercicio, al igual que nuestras extremidades y complexión. En la Escritura es comparada la Verdad a un manantial de aguas corrientes: si sus aguas no fluyen en perpetuo avance, enferman en charca cenagosa de conformismo y tradición. Podrá un hombre ser herético en la verdad; que si el tal creyere cosas únicamente porque su pastor se las dice, o la asamblea así lo determina, sin conocer otra razón, la misma verdad que mantiene, cierta y todo su creencia, se convierte en su herejía.

No hay pesadumbre que algunos más gustosamente depositen en otros que la carga y cuidado de su religión. Hay, ¿quién lo ignora?, protestantes y profesores que viven y mueren en tan consumada implícita fe como cualquier laico papista de Loreto. El hombre rico, dado a su placer y a sus provechos, halla en la religión un tráfago tan embrollado y de tan fútiles cuentas, que no acierta a manejarse para almacenar un surtido valedero en aquel co-

mercio ¿Qué irá a hacer?: de buen grado cobraría reputación de religioso, de buen grado se acordaría en ello con sus vecinos. Sin más, entonces, se decidirá a eliminar aquellas fatigas y a encontrar algún agente a cuya solitud y crédito pueda confiar el entero gobierno de sus negocios religiosos, algún teólogo de nota y reputación que no ha de faltar. A él se entrega; y libra el almacén completo de su religión, con todos sus cerrojos y llaves a su custodia; y hace en efecto de la mera persona de ese hombre su religión propia, y su compañía estima como prueba y recomendación bastante de la piedad que a él le mueve. Y así hay quien puede decir que su religión ya no está en sí mismo, antes se convirtió en un divisible movedizo, que anda por ahí y se le acerca al compás de las visitas del buen hombre a la casa. El la invita, la obsequia con regalos, la banquetea, la aloja; su religión vuelve a casa de noche, ora, liberalmente se le da de cenar, se la acuesta en suntuoso lecho, levántase, recibe saludos, y después de la malvasía, o algún otro brevaje sazonado con especias, y tras mejor desayuno que el de aquél

alegremente dispuesto a sustentarse en sus mañanas con verdes higos entre Betania y Jerusalén, su religión sale a caminar a las ocho, y deja al huésped benévolo en la tienda, todo el día metido en sus afanes, sin religión.

Y otra casta de gentes existirá que, al oír que serán gobernadas todas las cosas, y nada quedará sin regular y establecer, y no correrá escrito que no haya pasado por la aduana de ciertos publicanos a quienes incumbe la medición y pesaje de toda franca verdad, se pondrán derechamente en vuestras manos; venga en religión el corte y hechura que se quiera; no faltarán solaces y esparcimientos y lindos juegos en que matar el día de sol a sol, y mecer el año hastioso como en sueño placentero. ¿A qué objeto dar tortura a las cabezas con lo que otros ya asumieron tan estricta e inalterablemente como de su propio suministro? Tales son los resultados que ocio tan lerdo y suspensión de nuestro conocimiento acarrearán a las gentes. ¡Cuán buena y deseable fuera esta dócil unanimidad, en qué conformidad tan bella nos atiesara a todos! Sólida y resistente ar-

mazón, como para que cualquier enero la congelara entera.

No han de ser mucho mejores las consecuencias aun entre el mismo clero. No es cosa nueva y nunca oída que un ministro parroquial, que tiene su recompensa y cobró sus columnas de Hércules en un abrigado beneficio, se incline fácilmente, como no haya otro acicate de sus estudios, a acabar su celo itinerante en un libro inglés de *Concordancia* y un in-folio de lugares comunes, espigues y ahorros de una apacible graduación, una *Harmonía* y una *Cadena*; hollando el perenne ruedo de ciertos usados temas doctrinales, asistido por los usos, motivos, marcas y medios de que sirviéndose como por medio de un alfabeto o práctica de solfeo, formando y transformando, uniendo y disociando de vario modo, con su poco de arte libresco y dos horas de meditación, siéntese ya indeciblemente provisto para llevar a cabo un tanto más que la obligación de la prédica semanal: y ello sin contar con las infinitas ayudas de interlinearios, breviarios, sinopsis y otros artilugios de haraganes. Y en cuanto a la muchedumbre de

sermonez diligentemente impresos y apilados sobre cada texto muy llano, de esos que ofrecen en Londres a Santo Tomás en su sacristía y añaden a su provecho a San Martín y a San Hugo, no tienen los mercaderes de ellos en sus reverenciados recintos aprontada mercancía de todo tipo de venta más frecuente: de suerte que aquél jamás habrá de temer la penuria en su abastecimiento para el púlpito, existiendo lugar en que renovara con tal abundamiento su depósito. Pero si su retaguardia y flancos no estuvieren guardados por la empalizada, si su puerta trasera no quedara guarnecida por el rígido licenciador, antes de vez en cuando un libro audaz pareciera, al asalto de algún material del compilado en sus trincheras, tocaríale mantenerse en vela, permanecer en guardia, poner buenos custodios y centinelas alrededor de las opiniones por él sustentadas, y dar la vuelta y la contravuelta con sus compañeros celadores, por temor a ver seducido a alguno de su grey: con lo que él mismo viniera a ser mejor instruído, mejor ejercitado y disciplinado. Y Dios concedió que el temor que impele a esa diligencia—sí en tal caso obli-

gada—, no nos haga afectar el emperezamiento de una Iglesia licenciadora.

Porque si seguros andamos de estar en lo cierto, y no sustentamos verdad culpablemente, lo que sería incongruencia; si no condenamos nosotros mismos nuestra flaca y frívola enseñanza, ni al pueblo por chusma vagabunda, ignara e irreligiosa, ¿habrá cosa más justa que cuando un hombre juicioso, buen sabedor y cuya conciencia, a lo que sepamos, tan buena sea como la de aquellos que nos enseñaran lo que conocemos, publique al mundo, no privadamente de casa en casa, lo que es más riesgoso, sino por escrito, cuál sea su opinión, cuáles sus razones, y por tanto lo tenido a la sazón como no seguro? Urgió Cristo, como en justificación de sí propio, que predicaba en público; pero el escrito es más público que la prédica, y más abierto a la refutación, si fuere menester, habida cuenta del número de quienes por negocio y profesión habrán de ser campeones de la Verdad, la cual, si de ellos quedare descuidada, ¿a quién acusará sino a su flojera o a su ineptitud?

Hasta ese punto nos estorba y enmohece tal sistema de licencias, en lo tocante al verdadero conocimiento de lo que parecemos saber. Porque en cuanto a lo que daña y embaraza a los mismos licenciadores en su vocación ministerial, más que ningún otro empleo secular si con su oficio debidamente cumplieren, de suerte que les será fuerza desatender una u otra obligación, no insistiré, por esa privadez del asunto; pero lo dejaré a su conciencia, y a lo que en ella decidan.

Habrà que contar, en pos de lo que me propuse descoger, la increíble pérdida y perjuicio que este plan turíbulo en mano vendrá a acarrearlos. Más que si algún corsario en el mar cerrara todos nuestros puertos, fondeaderos y caletas, impide él y dilata la importación de nuestra más rica mercancía, la Verdad; es más, fué primero establecido y llevado a la práctica por malicia y misterio anticristianos, con firme propósito de extinguir, si fuese posible, la luz de la Reforma, y asentar la falsedad, sin gran diferencia del programa según el cual mantiene el turco su Corán, con su prohibición de la imprenta. No contradicho, sino

alegremente confesado esto, deber nuestro es elevar nuestros votos y acciones de gracias al cielo por la gran medida de verdad de que gozamos, especialmente en esos puntos principales entre nosotros y el Papa con sus adjuntos los prelados; mas quien pensare que aquí deberemos hincar nuestra tienda, y que hemos conseguido la mayor posibilidad de reforma que acierte a descubrirnos el espejo efímero que contemplamos, hasta que amaneciére la visión beatífica, declarará por tal opinión hallarse de Verdad escaso.

Vino ciertamente la Verdad al mundo con su Divino Maestro, y fué traza perfecta, gloriosísima a la mirada: pero cuando Él hubo remontado el cielo, y cerraron tras Él los ojos sus apóstoles, surgió al punto una perversa raza de embaidores, que, al estilo de lo que dice la leyenda que hicieran el egipcio Tifón y sus conspiradores con el buen Osiris, asieron la virgen Verdad, tajaron su forma delicada en pedazos mil, y la esparcieron a los cuatro vientos. Desde aquel tiempo para acá, los pesarosos amigos de la Verdad bastante osados para mostrarse, imitando la cuidadosa búsqueda por

cionado): tal es la regla áurea en teología como en aritmética, causante de la mejor armonía en una iglesia, que no es tal la unión forzada y exterior de mentes frías y neutrales e íntimamente divididas.

Lores y Comunes de Inglaterra, considerad de qué nación sois, qué nación gobernais; no es ella opaca y obtusa sino de espíritu vivo, ingenioso y penetrante, para la invención aguda, en el discurso recia a la vez que sutil, no de tema alguno desalcanzada, ni del más ciego sobre el que pueda cernerse la criatura humana. Así los estudios del saber en sus ciencias más profundas fueron tan antiguos entre nosotros, y descollados, que escritores de buena antigüedad y juicio competentísimo anduvieron persuadidos de que aun la escuela de Pitágoras y la sabiduría persa arrancaron en sus comienzos de la añeja filosofía de esta isla. Y ese cuerdo y civil romano, Julio Agrícola, que aquí una vez gobernara por el César, prefería los naturales ingenios de Britania a los forzados estudios de los galos. Ni es por vano antojo que los graves y frugales transilvanos envían todos los años, tan lejos de los confines

montañosos de Rusia, y más allá de los páramos hercinios, no su mocedad, sino sus hombres hechos, para que aprendan nuestro lenguaje y nuestras artes teológicas.

Pero en cuanto a lo que está más arriba que todo ello, el favor y amor del Cielo, gran argumento nos asiste para pensar que de especial modo nos es propicio y a nosotros se inclina. ¿Por qué si no fué esta nación antes que otra ninguna escogida para que desde ella, como desde Sión, fueran proclamadas y repercutieran las primeras noticias y trompetas de la Reforma hacia toda Europa? Y si no hubiera sido por la obstinada perversión de nuestros preladados contra el admirable, divino espíritu de Wickliff, a quien suprimieron por cismático e innovador, acaso ni los bohemios Huss y Jerónimo ni los nombres de Lutero y Calvino hubieran sido jamás conocidos; la gloria de reformar a todos esos vecinos hubiera sido totalmente nuestra. Pero habiendo nuestro clero cabeciduro hollado violentamente aquella ocasión, quedaron por escolares atrasados y zagueiros aquellos a quienes Dios ofreciera ser maestros. Mas ya ahora por cabal concordancia de

señales y general instinto de varones devotos y santos, según la solemne expresión cotidiana de sus pensamientos, decreta Dios el comienzo de algún nuevo y notable período de su Iglesia, en que se reforme aun la misma Reforma; ¿qué hace, pues, sino revelarse a sus sirvientes, y, según su estilo, primero a sus ingleses? Digo que según su estilo por nosotros empieza, aunque no es nuestro el diseño de sus consejos, e indignos somos.

Contemplad ahora esta ciudad amplísima, ciudad de refugio, solar de la libertad, abarcada y ceñida por su protección; no tuvo la forja guerrera más yunques y martillos en vela para el labrado de armadura y armamento de la Justicia en defensa de la Verdad cercada, que esta ciudad plumas y cabezas junto a sus lámparas estudiosas, cavilando, escurcando, resolviendo nuevas nociones e ideas como ofrenda, con su homenaje y fidelidad, a la Reforma que se viene allegando; mientras con igual diligencia otros leen, y cada cosa tantean, asintiendo a la fuerza de la razón y el convencimiento. ¿Podría requerirse más de nación tan flexible y rendida en su busca conocien-

te? ¿Qué faltará a suelo tan agradecido y grávido sino fieles y sabios labradores para suscitar un pueblo entendido, una nación de profetas, de sabios y beneméritos? Calculamos que habremos de esperar más de cinco meses para la cosecha; no es necesario que se trate de cinco semanas; si ojos tuviéramos para avizorar altamente, veríamos que los campos ya blanquean.

Donde hay mucho deseo de aprender, de necesidad habrá mucho argüir, muchos escritos, muchos pareceres; porque el parecer en los buenos no es sino conocimiento en formación. Con esos fantásticos pavores de sectas y cismas perjudicamos el grave, celoso afán de conocimiento y entendimiento que Dios despertara en esta ciudad. De lo que algunos se lamentan, debiéramos regocijarnos; mejor merece encomio esta piadosa celeridad entre los hombres para de nuevo cobrar en sus manos la infamada solicitud de su Religión. Un tanto de prudencia generosa, un tanto de recíproca indulgencia y algún grano de caridad podría conseguir que todos esos ahincos se enlazaran y unieran en una general, fraterna busca de

la Verdad, con sólo que renunciáramos a esa tradición prelacial de apiñar conciencias libres y libertades cristianas en cánones y preceptos de hombres. No dudo que si algún digno extranjero de nota viniera a una estadía entre nosotros, sabido en el discernimiento del molde y carácter de un pueblo y modo de su gobierno, daría, ya por él observados nuestros grandes propósitos y esperanzas y la ansiosa presteza de nuestros bien explayados pensamientos y razones en pos de la verdad y la libertad, el mismo grito de Pirro, al admirar la disciplina y valor de los romanos: Si tales fueran mis epirotas, no desesperara del mayor desig- nio jamás intentado: hacer felices a Iglesia o reino.

Y esos, con todo, son los hombres pregonados cismáticos y sectadores; como si, mientras el templo del Señor levantara su fábrica, y unos aseraran, y otros cuadraran el mármol, y otros desbastaran los cedros, anduviera por allí una casta de hombres irracionales que no advirtieran cuan precisos vienen a ser muchos cismas y buen número de disecciones en la cantera y en el maderaje antes que la casa

de Dios sea erigida. Y cuando cada piedra es diestramente colocada, no puede estar unida en pura continuidad, ni llegará a estar en este mundo sino contigua; ni cada pieza del edificio será de forma pareja: es más, la perfección mejor consiste en que, de muchas comedidas variedades y fraternas desemejanzas no vastamente desproporcionadas, nazca la excelente, graciosa simetría que aventaja a todo el volumen y estructura.

Seamos, pues, más considerados constructores, más sabios en arquitectura espiritual, cuando en expectación de gran reforma vivimos. Porque ya parece el tiempo llegado de que Moisés, el sumo profeta, se alegre en su célico sitio, cumplida su aspiración gloriosa y memorable de que no sólo nuestros setenta ancianos, sino todo el pueblo del Señor, aparezca profeta. No será entonces maravilla que algunos hombres, y acaso también de los buenos, pero mozos en bondad, como Josué era entonces, les envidien. Impaciéntanse, y a causa de su propia flaqueza viven en agonía, por temor a que esas divisiones y subdivisiones nos lleven a la ruina. Vuelve a aplaudir el adversa-

rio, y acecha su hora: Cuando bastante se habrán ramificado, dice, en partes y partecillas, será nuestra hora venida. ¡Necio! no ve la raíz robusta, de que todos crecen, aunque esparcidos en ramas; ni andará más cauto hasta que vea nuestros pequeños manípulos divididos cortando a través de cada ángulo de su brigada desunida y mal llevadera. Y de que nos conviene mejor esperanza de todos estos supuestos cismas y sectas, y de que no habremos menester esa solicitud, honrada acaso, aunque sobremanera despavorida en los por tal cuenta hostigados, y de que habrán de reírse en su día los aplaudidores maliciosos de nuestras diferencias, tengo estas razones que me persuaden:

En primer lugar, cuando una ciudad se halla como cercada y bloqueada, infestado su río navegable, con irrupciones y acometidas a su alrededor, con recelo y batalla propalados como alcanzando hasta sus muros y trincheras suburbanas, el hecho de que entonces el pueblo, o su mayor parte, más que en otras ocasiones se entregue del todo al estudio de las más altas e importantes materias de reforma, discutiendo, razonando, leyendo, inven-

tando, disertando, a las veces del modo más raro y admirable, sobre cosas nunca antes discurridas, ni mentadas en escritos, arguye primero singular bienquerencia, contento, y confianza en vuestra sagaz previsión y asentado gobierno, Lores y Comunes; y de esto mismo nace un bizarro denuedo y bien fundado menosprecio de los enemigos, como si hubiere no estrecha numerosidad de valientes espíritus entre nosotros, de parecida traza al de aquel romano que, ya casi cercada la urbe por Aníbal, compró, desde la ciudad, y a no menguado precio, la pieza de tierra en que el propio Aníbal tuviera acampada la hueste.

Ello es, además, animado y alegre presagio de nuestro suceso afortunado y victoria. Porque así como en un cuerpo el estar la sangre fresca, puros y vigorosos los humores, arguye el buen desempeño y constitución del cuerpo, no sólo para las facultades vitales, mas aún para las racionales, y estas en las más agudas operaciones de ingenio y despejo, también cuando la jovialidad del pueblo tan vivazmente surge, que no sólo posee con qué guardar debidamente su libertad y seguridad, sino además

su buen sobrado para emplearse en los puntos más sólidos y levantados de la controversia y nueva invención, ella nos muestra no degenerados, no abocados a fatal decadencia, sino descartadores de vieja, surcada piel de corrupción para sobrevivir a estas angustias y volver a mozos, a fin de entrar en rumbos de verdad y próspera virtud, destinados a honor y grandeza de estas edades tardías. Antójaseme ver una noble y poderosa nación despertando como recio varón después del sueño, y sacudiendo las invencibles guedejas. Antójaseme verla como un ánguila maullando su poderosa juventud, y prendiendo los no deslumbrados ojos en el pleno fulgor del mediodía, purgando y descostrando su vista, por tanto tiempo envilecida, en la fuente misma del resplandor celeste; mientras todo el vocerío de asustadizas aves bandaderas, con aquellas, también, enamoradas del crepúsculo, aletean alrededor, ante el intento de ella asombradas, tal vez pronosticando en su envidiosa algarabía un año de sectas y cismas.

¿Qué gustaríais, pues, de hacer? ¿Suprimir acaso toda esa florida cosecha de conocimiento

y nueva luz manada y aún día tras día manando en esta ciudad? ¿O instaurar una oligarquía de veinte acaparadores sobre ello, para que vuelvan nuestras mentes a padecer hambre, cuando sólo conozcan lo para nosotros medido en su celemín? Dadme fe, Lores y Comunes: los que tal supresión os aconsejan vienen a aconsejaros que os suprimais a vosotros mismos; y no dilataré mostraros de qué suerte. Si se quisiere saber la inmediata causa de todo este libre escribir y hablar, no se le llegará a asignar una más cierta que vuestro humano, libre y benigno gobierno. Lo que vuestros valerosos y felices consejos, Lores y Comunes, nos mercaron es la libertad, nutricia de todos los grandes ingenios; ella es quien refinó e iluminó nuestros espíritus como la celestial influencia; ella la que nos dió franquía y holgura y elevó nuestras aprehensiones unos grados arriba de su nivel primero.

No podeis hacernos ahora menos capaces, menos entendidos, menos anhelosos de la busca de la verdad a menos que os hagais vosotros, que nos hicísteis tales, menos amantes, menos fundadores de nuestra libertad verdadera. Po-

demos volvernos otra vez ignorantes, abrutados, hueros y serviles como nos hallásteis. Si nuestros corazones son ahora más capaces, nuestros pensamientos mejor enderezados a la búsqueda y expectación de las cosas mayores y más exactas, ello es progenie de vuestra virtud en nosotros propagada; y no podeis suprimirlo a menos que restablezcáis la derogada, impía ley de que los padres maten, si les viniere en gana, a sus hijos. ¿Y quien estará entonces más pegado a vosotros y excitará más a los restantes? No el que aprecia en las armas escudo y escolta, y sus cuatro monedas de Danegelt.\* Aunque no censure la defensa de las justas inmunidades, prefiero empero mi paz, si acabara aquí todo. Dadme la libertad de saber, de hablar y de argüir libremente según mi conciencia, por cima de todas las libertades.

No me compete decir qué será lo más aconsejable, si por tan dañoso, por tan injusto se tiene suprimir opiniones por su novedad, o su inadaptación a lo acogido por la costum-

\* Antiguo tributo pagado al invasor danés. (T.)

bre. Sólo repetiré lo que aprendí de quien perteneciera a vuestro número honorable: nobilísimo y piadosísimo lord, de quien diré que si no hubiera sacrificado su vida y fortunas a la Iglesia y la república, no lloráramos, sentidos de su pérdida, a un digno y segurísimo valedor de este argumento. Tengo por cierto que le reconocéis, pero por su honra, y pueda serle ésta imperecedera, diré el nombre de Lord Brook. Al escribir sobre la prelación, y hablar al paso de sectas y cismas, os legó su voto, o mejor las últimas palabras de su cargo expirante, que sé que han de mereceros perennemente cara y preciada consideración, tan llenas de mansedumbre y respirando caridad, que después del último testamento del Señor, en que Él legara el amor y la paz a sus discípulos, no sé recordar si habré leído palabras más benignas y apacibles. Porque en efecto nos exhorta a oír con paciencia y humildad a quienes por mal renombre que se les diere, desearan vivir puramente, en aquel su uso de las prescripciones divinas, como guía mejor de su conciencia, y tolerarles, aunque en algo estén de nosotros disconformes. El propio libro os ha-

blará más holgadamente, como dado al mundo y dedicado al Parlamento por quien no mereció por su vida como por su muerte que, sin parar mientes en él, ande desatendido su consejo.

Y ahora, por buen privilegio, es señalado tiempo de escribir y hablar sobre cuanto pueda valer al ulterior debate de las materias aventadas. El templo de Jano con sus dos caras en controversia, pudiera, no sin sentido, quedar abierto. Y aunque todos los vientos de la doctrina, desatados, acometieren la tierra, mientras la Verdad no levantara el campo, será agravio de ésta seguir licenciando y prohibiendo, como en incertidumbre de su fortaleza. Entre ella en agarrada con el Engaño; ¿quién supo jamás de vencimiento de ella en libre y paladino encuentro? Su confutación es el medio mejor y más seguro de suprimir lo dañoso. Quien oye tantas imploraciones de luz y más claro conocimiento de que sobre nosotros descienda, entenderá que otras materias merecen ejecución además de la disciplina de Ginebra, ya fabricada y ajustada como para nuestras manos. Mas cuando la nueva luz que reclamamos

viene a brillar sobre nosotros, hay quienes envidian y se oponen si no pasa primero por sus ventanas. ¿Qué colusión es esta? mientras nos exhorta el sabio a usar diligencia, a buscar la sabiduría, como si de tesoros celados se tratara, mañana y tarde, viene a obligarnos otra orden que nada conozcamos sino lo mandado. Cuando tal hombre que se afanara en el trabajo más duro, sumido en las minas del conocimiento, ha sacado sus hallazgos todos del envoltorio y ordenado todas sus razones como en batalla, y desparramado y deshecho todas las objeciones a su paso, ya luego llama a su adversario en la llanada, y le ofrece la ventaja de viento y sol, si él gusta, mirando sólo a que tante la materia valido de argumentos: mas si sus adversarios quieren entonces remolonear, disponer emboscados, guardar un angosto puente de licencias por donde el retador deba pasar, ello, aunque valor bastante en arte de soldados, no es sino flaqueza y cobardía en las guerras de la Verdad.

¿Por qué quien ignora que la Verdad es fuerte, cercana del Altísimo? No necesita tácticas ni estratagemas ni licencias que la hagan

victoriosa; ardides y defensas son esas como para que el error descalce el poder de ella. No pide ella sino espacio, y que no la aten en el sueño, porque entonces habla incertezas, como hiciera el viejo Proteo, que mentía oráculos sólo cuando habido y sujeto; asume entonces todas las formas, salvo la suya, y tal vez acompaña la voz según el tiempo, como Miqueas hizo ante Achab, hasta ser conjurado a que hablara en propia identidad. Pero, con todo, no es imposible que pueda cobrar más de una forma. ¿A qué si no toda esa categoría de cosas indiferentes, en que la Verdad puede hallarse en este o el otro lado, sin mengua de su naturaleza? ¿Y será más que una vana sombra la abolición de este rito, esos caracteres trazados por mano, clavados a la cruz? ¿Qué suma ganancia es esa libertad cristiana de que tan a menudo Pablo se envanece? Es su doctrina, que quien come o no come, observa un día o no lo observa, puede hacer ambas cosas en el Señor. ¡Qué otra copia de cosas podrían ser toleradas en paz, dejadas a la conciencia, con sólo tener caridad, y no usar como principal

baluarte de nuestra hipocresía el perpetuo juicio unos de otros!

Temo que este férreo yugo de la conformidad exterior habrá dejado huella servil en vuestros cuellos; el fantasma de una licencia revestida de lino nos obsesiona aún. Damos traspies, y no soportamos la menor divisoria entre una y otra congregación visible, aunque no discurra por lo fundamental; y mediante nuestra prontitud en descartar y nuestra negligencia en recobrar cualquier sojuzgado fragmento de la verdad metido en el puño del aduanero, no cuidamos de que estamos rasgando una de otra verdad, que es el más fiero desgarró y desunión de cuantos haya. No nos damos cuenta de que, mientras todavía aceptamos por todos los medios imaginables una rígida formalidad exterior, podemos sin gran dilación caer de nuevo en una crasa estupidez conformista, en una rígida y muerta congelación de monte, pasto y rastros, constreñida a la vez que glacial, lo que es peor para la súbita degeneración de una Iglesia que muchas subdicotomías de cismas exigüos.

No por eso apruebo toda separación a la ligera, o que en una Iglesia no quepa esperar sino oro y plata y ricas gemas: no le es posible al hombre desunir el trigo de la zizaña, el rico pescado de los peces ruines; ello acacera por ministerio de ángeles en las postrimerías de las cosas mortales. Mas si no pueden todos ser de igual parecer —¿y quién aspirará a tanto?— será sin duda más saludable, más prudente y más cristiano que sean muchos tolerados, antes que todos constreñidos. Y no entiendo que se tolere al papismo y declarada superstición que, pues extirpa todas las religiones y supremacías civiles, deberá ser también extirpado, con tal de que primero a todo medio caritativo y piadoso se acuda para persuadir y recobrar al débil y descarriado: pues por otra parte lo absolutamente impío y reprobado contra la fe o las costumbres no podrá permitirlo ninguna ley que no se proponga hacerse ella misma ilícita: mas me refiero a esas cercanas diferencias, o mejor indiferencias, bien sea en algún punto doctrinal, bien en algún extremo de la disciplina, las cuales, aunque fueren muchas, no deberán interrumpir la unidad

de Espíritu, como acertemos a descubrir entre nosotros el vínculo de la paz.

Y si en tanto alguien escribe aportando mano servicial a esta despaciosa Reforma a la que rendimos nuestro trabajo, y como la Verdad le hubiere hablado antes que a los restantes o al menos pareciere romper a hablar, ¿quién no se habrá jesuitizado tanto que ya hostiguemos a ese hombre exigiéndole licencia para hecho tan levantado? Y ello sin considerar que, si de prohibir se trata, nada será más fácilmente vedado que la verdad misma, cuyo primer amanecer a nuestros ojos, empañados y oscurecidos por el prejuicio y el uso, es más deforme e inadmisibile que muchos errores, del propio modo que no pocos grandes hombres son en su persona de traza fútil y despreciable a la mirada ajena. Y ¿a qué nos hablarán vanamente de nuevas opiniones, cuando la opinión de ellos, esto es, que nadie deba ser oído sino quien les agradare, es la peor y más reciente de cuantas opiniones hay, ya causa primordial de tanto abundamiento de sectas y de cismas, y de que el verdadero conocimiento sea de nuestro alcance alejado; y todo eso sin con-

tar con un peligro mayor que en tal práctica se encierra.

Porque cuando Dios agita un reino con fuertes y saludables conmociones para su universal reforma, podrá no ser falso que muchos sectarios y maestros fermentados anden atareados en menesteres de corrupción, pero es más cierto que Dios eleva entonces a su labor a hombres de raras capacidades e industria que a la común excede, no sólo para considerar lo pretérito sino también para avanzar sabiamente unos pasos en el descubrimiento de la verdad. Porque tal es el orden de Dios al iluminar su Iglesia: dispensar y derramar por grados su fulgor, para que nuestros terrenos mejor lo sobrelleven.

Ni a Dios se le señala y demarca donde y desde qué lugar serán oídas las palabras de esos sus escogidos: porque Él no ve como viera el hombre ni escoge como el hombre escogería, a fin de que no nos entreguemos a buscar parajes y asambleas y llamados superficiales de hombres, enarbolando una vez nuestra fe en la antigua casa de la Convocación, y otra vez en la Capilla de Westminster; cuando toda la

fe y religión que allí apareciere canonizada no bastará sin un convencimiento franco y esa caridad de la paciente enseñanza que trata con bálsamo la menor magulladura de conciencia, para edificar al cristiano más mezquino; y que desea pasar adelante en el Espíritu y no en la letra de la confianza humana, por más voces que allí resonaren, y hasta si el mismo Enrique VII con todas las tumbas vasallas que le rodean, las prestase, para nutrir su número, las voces de los muertos.

Y si en error se hallaren los hombres que parecen cabeza de cismáticos, ¿no será únicamente nuestra pereza, nuestra porfía y desconfianza de la buena causa lo que nos impida hallarles con ánimo afable, y con el mismo despedirles, y examinar y discutir aquella materia en su integridad, con liberal y frecuente audiencia, si no por su causa por la nuestra? Pues es sabido que todo hombre que hubiere catado el saber confesará sus hartos medios de aventajamiento por concurso de aquellos que, no contentándose con recetas manidas, aciertan a conseguir y a manifestar nuevas posiciones al mundo. Y aunque no fue-

ran ellos sino polvo y cenizas de nuestros pies, mientras puedan servir en tal condición para el pulimento y brillo de la armadura de la Verdad, aun por esta causa no deberán ser totalmente desechados. Pero si fueren de aquellos a quienes Dios hubiere valido para el especial uso de estos tiempos con dones importantes y colmados, y acaso no figuraren entre los sacerdotes ni entre los fariseos, y nosotros en la prisa de un afanoso celo no hiciéramos distinción, antes nos decidiéramos a tapar sus bocas, por temor a que vinieran con novedades y arriesgadas opiniones, como ordinariamente juzgamos antes de comprenderlas, ¡desdichados de nosotros si, al creer defender de esta suerte el Evangelio, resultáramos sus perseguidores!

Desde el principio de este Parlamento no fueron pocos los que, perteneciendo o no al Presbiterio, con sus libros sin licencias, desdeñosos de un *Imprimatur*, fueron primeros en quebrar ese triple hielo aferrado a nuestros corazones, y enseñaron al pueblo a ver el día: y espero que ninguno de ellos abogó para que se renovara en nosotros esta servidumbre que

menospreciaron, con tal provecho para nosotros. Pero si ni el freno a que Moisés sometiera al mozo Josué ni la contraorden de nuestro Salvador al mozo Juan, tan dispuesto a cohibir a quienes tenía por faltos de licencias, bastaren a prevenir a nuestros Ancianos cuan inaceptable sea para Dios su enojadizo talante prohibitorio; si ni siquiera su propio recuerdo del mal que hiciera abundar en la Iglesia el estorbo de tal venia, y el bien que ellos mismos empezaron al saltársela, fuera suficiente, y no cesaran en convencernos de esta más dominicana parte de la Inquisición y en llevarla a cabo, y estuvieran ya con el pie en el estribo lanzados a suprimir, no fuera desigual distribución, en primer lugar, suprimir a los mismos supresores: que a quien mudanza de condición más engriera, mejor aleccionará la experiencia de peores tiempos.

Y en cuanto a la regulación de las prensas, no habrá quien tenga la honra de aconsejaros mejor que vosotros mismos, en los términos de la Orden publicada antes que la presente: "ningún libro sea impreso como el nombre del impresor y el del autor, o al menos el del prime-

ro, no estuvieren registrados". Los que de otra suerte aparecieren, si resultaren dañinos o calumniadores, darán con el fuego y el ejecutor: no sabría usar remedios más oportunos y eficaces la prevención humana. Porque esta auténtica disciplina española del licenciamiento de libros, si no hablé ociosamente, resultará dentro de poco el libro más desamparado de licencias; y fué inmediata imagen de un decreto de la *Cámara de la Estrella* a tal fin dictado en los tiempos en que dicho tribunal se apoyaba en tales obras piadosas, por las cuales cayó de las estrellas con el propio Lucifer. Por lo cual os será fácil adivinar qué clase de política prudencia, qué amor del pueblo, qué solicitud religiosa o tutela de las costumbres habría en dicho empeño, aunque con singular hipocresía pretendiera constreñir los libros al buen comportamiento. Y dado que convenga creer a los hombres cuya profesión les mueve a ser más averiguadores, si este decreto llevó al fin ventaja a vuestra Orden anterior y de tan buena traza, cabrá sospechar que fué a consecuencia del fraude de algunos añejos patentados y monopolizadores del comercio librero, los cuales

con el pretexto de que los menesterosos de su gremio no vieran expoliados, y mirando a la justa retención por cada cual de ellos de sus diversos ejemplares, que ¡ay si no les fueren atribuídos!, se encaminaron a la Cámara con lucidos pretextos, que eso fueron y no más, sin servir a más objeto que al ejercicio de su superioridad sobre los vecinos: hombres que no trabajaran, en una profesión honrada a la que está reconocido el saber, para convertirse en vasallos de otros hombres. Y se cree a otro fin tendían algunos de aquellos al procurar por su demanda esta Orden, y era que, como lo ocurrido lo muestra, consiguieran, con el poder en la mano, la más fácil evasión al extranjero de los libros dañinos.

Pero no quiero utilizar sobre esos sofismas y depósitos de mercancías. Una cosa conozco, y es que hay errores en un buen gobierno y uno malo casi igualmente acaecidos; pues ¿qué magistrado no andará mal de información, harto más fácilmente si la libertad de las prensas queda ceñida al privilegio de unos pocos? Pero enderezar de buen grado y expeditamente los yerros, y en la su-

ma autoridad tener en más una franca advertencia de lo que para otros valiera un suntoso cohecho, virtud es, honrados Lores y Comunes, correspondiente a vuestras acciones altísimas, y de la que sólo sabrán participar los mayores y más sabios varones.

## ÍNDICE

<i>Liminar</i> . . . . .	VII
<i>Prólogo</i> . . . . .	XIX
<i>Análisis de la orden del Parlamento contra la cual va enderezada la areopagítica</i> . .	I
<i>Discurso acerca de la libertad de impresión, sin licencias, al Parlamento de Inglaterra</i>	3

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de septiembre de 2000 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. Se tiraron 3 000 ejemplares.